

La Esfera

UAB

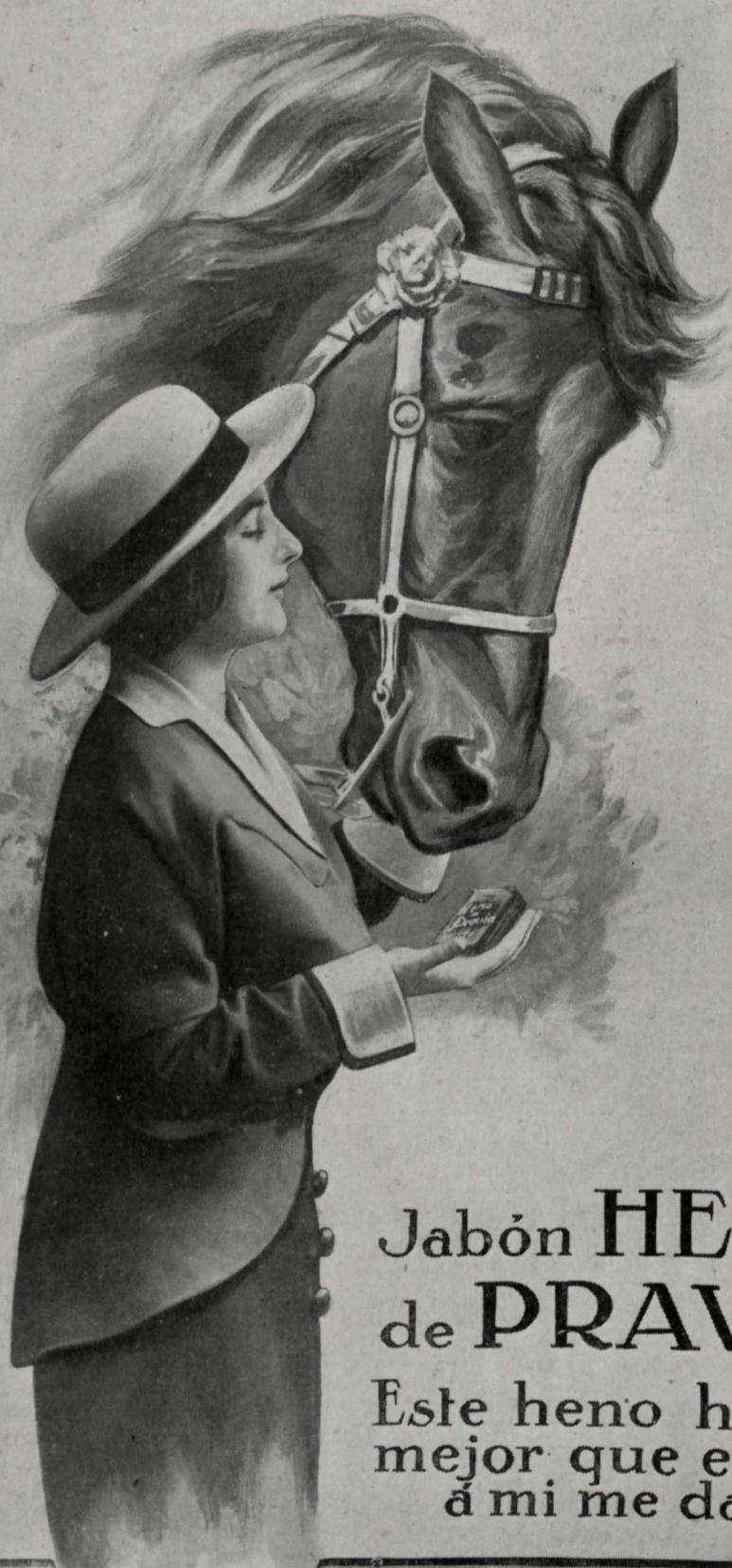
Universitat Autònoma de Barcelona

Año II * Núm. 63

Precio: 50 cénts.



Fragmento del cuadro de J. Vila Prades CANTO GITANO



Jabón **HENO**
de **PRAVIA**

Este heno huele
mejor que el que
á mi me dan

Ehrmann

La Esfera

Año II.—Núm. 63

13 de Marzo de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



CÁMARA

EL ARCHIDUQUE CARLOS FRANCISCO JOSÉ
Herederó del Trono de Austria

DIBUJO DE GOMONAL

DE LA VIDA QUE PASA NEUTRALIDAD Y ESPAÑOLISMO

La vida espiritual española en el momento presente no puede ser más interesante para el pensador: nuestro mundo intelectual está polarizado entre el siglo xvi y el siglo xviii, del cual el siglo xix es una raquífica continuación con ropaje más o menos romántico. Nuestros afectos pierden en profundidad y grandeza lo que ganan en intensidad aparente. La pasión es arrebatadora y frenética en sus predilecciones. Se odia y se ama ciegamente. La simpatía, la piedad y el *humor*, sentimientos propios de las almas cultivadas, viven respecto de la mentalidad española en destierro. Somos como los atenienses de la decadencia; aquí no hay más que plaza pública, donde charlatanes y grafómanos colocan el específico de la cultura—del cual algún curandero quiso ya mofarse, después de sacarle *jugo*—entre un público enfermo de la cabeza y del corazón y más o menos necio. Pero lo que más nos entristece es pensar que nuestro pueblo carece de voluntad por ineducación en unos casos y por crisis psicopática en otros, esa crisis, que en nuestras clínicas se llama *abulia*, es decir, impotencia para querer.

Con este bagaje espiritual asistimos como espectadores y comerciantes a la gran tragedia de la cultura europea, donde un protagonista—el pueblo alemán—y varios antagonistas—los aliados—rifan la tremenda lucha por la cultura, ¡por la cultura, señores intelectuales, por la cultura europea!

El momento presente sería una admirable lección histórica, cuyo fruto se traduciría en ascético recogimiento, si muchos profesionales de la pluma y de la palabra no rompiesen con sofisterías más o menos desinteresadas el silencio augusto de nuestros oídos, ni empañasen la visión serena de los ojos. Pero hay empeño en que el pueblo no se acostumbre a ver, oír y callar, para recogerse en sí mismo, para explorarse. Hay empeño en ejercer en monopolio el sacerdocio de la letra de molde y de la retórica, de la literatura y de la abogacía, únicos valores, que como las heces de un vino en fermentación vienen flotando en España, desde que el nuevo régimen nos quitó la capa y nos puso pantalones. En lucir los pantalones, acusando formas más o menos viriles, nos hemos pasado todo un siglo, embobados ante el espectáculo de la cultura, pero impermeables espiritualmente a ella. Las clases directoras, las clases intelectuales, se dedicaron a comerciar con las ideas europeas o con las españolas ya muertas, ignorando que las ideas son un factor de la conciencia nacional, pero no el único factor, ni el más importante. Por eso nuestro año terrible, reveló en nuestro mundo, en nuestra vida nacional, médicos de oficio y planiferas de profesión, no salvadores efectivos, no conversos, hombres, voluntades. A los diez y siete años, la podre que padecíamos en el brazo que se nos amputó, ganó por infección nuestros pulmones, nuestro cerebro y nuestro corazón. Perdimos aquello por ser unos perdidos y estamos echando a perder ahora esto, la santa casa solariega, a la que por pudor y religioso respeto debíamos consagrar la única virginidad aún no desflorada: el trabajo; porque eso sólo pueden hacerlo los que hasta ahora vivieron en el secular barbecho de la holganza. Es la única virtud de los perezosos.

Por eso, si la historia traducida en instinto de conservación nos dice que hay que estar quietos y callados viendo el drama, ni es prudente ese arrebatado de ciertos intelectuales y políticos que nos quieren llevar al coro trágico como carneros, ni es prudente tampoco la resignación miedosa del inocente

pajarillo ante la serpiente fascinadora. El espectáculo de la lucha trágica debe despertar en nosotros un ideal trágico, pues sólo imprimiendo grandeza a nuestro pensar, a nuestro sentir y a nuestra vida, acabaremos de una vez con ese impúdico comedaje, de gente que ha perdido la vergüenza y solo tiene pudor para ponerse la careta.

Y mientras unos cuantos zánganos de colmena zumban para captarse las simpatías de la conciencia nacional—reina eterna aunque aún no nacida—, dediquémonos los que amamos entrañablemente a España, a preparar su advenimiento, con el corazón lleno de esperanza, de piedad, de temor... más que de temor, de patriótica contrición.

A un lado esos farsantes de la cultura, esas hembras del 98, esos que no quieren ser sabios porque no pueden serlo, lo cual no impide que envidien a los que lo son. A un lado los que fraguan ruidosos prestigios en compadrazgo ó conjuras de silencio con obstinación, los que tienen en los labios el nombre de España y en el

corazón la afrenta, los que hablan de sinceridad con vulpeja maestría, los extraviadores de conciencias, los parásitos y comensales de un régimen de ficción, los eternos réprobos, que amenazan con la rebeldía, cuando tienen hambre y con la traición cuando tienen sed. A todas esas falsas clases directoras, que llaman cobarde al pueblo cuando es prudente, cuando es neutral y que le llaman temerario cuando es valeroso, hay que volverles las espaldas. Viven de la confianza y del candor más o menos infantil de España.

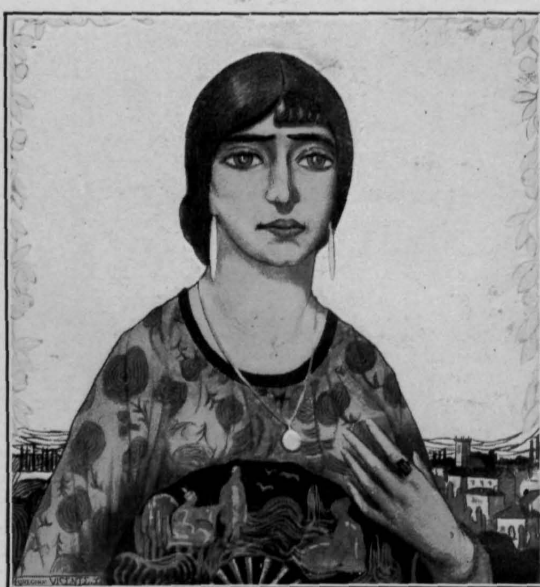
Para ellos, la neutralidad es un espectro al cual temen volver los ojos para ver con verdad por miedo a ser petrificados, como la mujer de Loth. La neutralidad es la obsesión de esos... europeos. Ayer, cuando el pueblo quería ir ó dejarse ir a Marruecos, le predicaban la paz; y hoy que no quiere meterse en aventuras, le predicaban la guerra. Y la guerra se hace tan odiosa, produce su predicación tanto tedio, que hemos caído en la exageración de la neutralidad, ignorando aquel aforismo: *si vis pacem para bellum*. Aquí

hemos llegado a repugnar hasta la propia defensa, ignorando, que la paz como la libertad, hay que merecerla todos los días. Por ese camino, se llega a la paz eterna, que es la paz de los cadáveres.

¿Cómo es posible conciliar la verdadera neutralidad de España con el más genuino españolismo? No gastando las fuerzas en balde, no convirtiendo la guerra en espectáculo, sino en ejemplo vivificador. Extrayendo de ella el espíritu de vida que encierra, siendo hembras ó varones, es decir, teniendo sexo en la función generadora de la cultura humana, porque ser neutrales no es lo mismo que ser neutros. En la obra creadora y fecunda de los eternos valores de la actividad española, hay que sumergirse con denuedo, hay que saber navegar. Quien no tiene confianza en sus fuerzas para luchar con las olas, será juguete y naufrago. La naturaleza nos colocó, como dice Macías Picavea, en un punto del planeta donde todo pueblo que lo habite ni puede estar sordo ni quedarse dormido. Formar una conciencia nacional y nacionalizar la tierra y el espíritu español, luchando contra todas aquellas resistencias, obstáculos ó enemigos que tenemos en la propia conciencia histórica, cuyo cauce es preciso descubrir; hacer que una ética basada en imperativos positivos y humanos sea la clave de nuestra vida pública, y el motor religioso y patriótico de nuestras clases directoras el más fervoroso españolismo; pensar que en la historia no hay pueblos muertos con muerte eterna, sino seculares resurrecciones que el trabajo del espíritu creador y vivificante suscita; santificar en el trabajo intenso las horas; sentir con fruición alegre el esfuerzo; hacer que el reposo no sea disipación, ni el ocio privilegio de los ricos, ni don envidiado; bucear en las almas de los pueblos lo que son, pero no para ser lo mismo; creer que para ser eternos no se puede desmayar ni un sólo día; que la cadena de los instantes hay que llenarla con esfuerzos y la tierra solariega con valores, es un ideal de españolismo que nos hara fuertes, ricos y buenos al mismo tiempo... ¿Qué más queremos?

Para ser acreedores al respeto hay que ser primero, y ser dando señales de vida. Aquel pueblo que aspira a ser cada vez más, a vivir cada vez mejor, será siempre, si no el más respetado, el más temido. Si para forjar *españolismo* interpretamos la neutralidad como eunucos, seremos tan culpables como esos cuervos de la europeización que graznan aquí el himno de la guerra, porque de la carnaza del cadáver han vivido siempre.

ELOY LUIS ANDRÉ



Á LA LUZ DE TUS OJOS

*¡Recuerdo luminoso
de aquel mirar, puedes abrir tu broche!..
¡En mi alma, en el mundo, en todo es noche!..
¡Ven, y pon en mi abismo tenebroso
alguna claridad para que vea;
quita a mis ojos esta venda oscura,
para poder mirar... aun cuando sea
el fondo de mi estrecha sepultura!..
¡Mi corazón henchido de negrura,
sólo tu ardiente claridad desear!..*

*Ojos que fuisteis en el tiempo mozo
dos ángeles de luz que derribaron
las puertas del horrible calabozo
donde mis negras penas me encerraron;
estrellitas de plata que bajaron
a iluminar el insondable pozo
donde mis pesadumbres me arrojaron;
clavos de luz que me crucificaron
en la cruz afrentosa de un sollozo!..*

*Las gacelas, los niños y las aves
no los tienen tan dulces ni suaves;
ni los lagos tan tersos...
¡Ojos de claridad que siempre adoro,
que de estrellas de oro
sembráis la noche oscura de mis versos!..*

F. VILLAESPESA

DIBUJO DE GREGORIO VICENTE



EL FIN DEL "MOULIN ROUGE"



ENTRE el fragor de los tremendos sucesos que en Francia se desarrollan, los que, en un tiempo, fueron templos de alegría y divertimento, permanecen fríos, solitarios y callados.

Un incendio ha casi destruido el conocido *Moulin Rouge*, poniendo acaso punto final a su brillante historia de carcajadas y sonrisas, de amores fáciles y de espectáculos llamativos. No ha mucho, ondeó en lo alto del simbólico molino que en la fachada ostenta, el humanitario emblema de la Cruz Roja, como si la profecía de un fin próximo, hubiera venido a advertirle que había llegado el momento de borrar pasadas culpas, presentándose ante los ojos de los parisenses, como lugar arrepentido de sus pasadas locuras.

¡Oh, noches del *Moulin Rouge*! Reclinadas en los palcos del teatro lucieron las más espléndidas bellezas de París y por su *promenoir* vagó con ojos inquietos y curiosos, todo extranjero que llegó a la gran ciudad deseoso de saborear la vida de Montmartre que tanto reclamo alcanzó por todas partes.

¡Molino Rojo, de atrayente fachada, de alegre parpadear en tu espectáculo, de feria inacabable de alegría y entusiasmo, bien puedes vanagloriarte de haber contribuido, siquiera por un rato corto comparado con la inmensidad de la vida, a la diversión y a la alegría de todos cuantos a tí se llegaron! *Molino Rojo* que desapareces en luctuosos días, ¿quién te reemplazará cuando la paz serene los espíritus, los odios se apacigüen y los rencores desaparezcan?

□□□

Tiene el *Moulin Rouge* una larga historia que bien puede afirmarse ha ido incorporada al desenvolvimiento de Montmartre, el barrio parisino más alegre, aunque rabien de celos los defensores del Barrio Latino. Este pasó y con su decadencia cesaron los encantos de los Minués y Musettes que allá, en época que comienza a ser lejana, constituían la nota simpática que se desenvolvía en torno del bulzvar Saint-Michel.

Llegó el reinado *montmartrois* y surgieron los

infinitos lugares de alegría que allí adquirían su natural desarrollo y al encaminarse las gentes que ansiaban divertirse por las calles de *Notre-Dame de Lorette*, *Fontaine* y *Pigalle*, ponían sus ojos en lo alto de las empinadas cuestras para ver si descubrían las luminosas aspas del famoso molino. ¡Era el faro que guiaba al caminante por el París que se divertía! ¡Era el punto soñado, la visita largo tiempo acariciada, a veces las lejanas tierras, el vigía siempre alerta de los que buscaban horas de diversión y esparcimiento!

Acaso los ojos de un profano no encontraron mayor encanto en el *Moulin Rouge* que en sus similares *Folies Bergères*, *Olimpia*, *La Cigale* ó *Ba-ta-clan*. Era un teatro como todos, con idénticos espectáculos a base de revistas fantásticas en que se hacía pleno derroche de luz, trajes, decoraciones y mujeres bonitas. No poseía, en verdad, mayores atractivos que los



posible, pudiendo asegurarse que en aquel diminuto escenario se ha aplaudido a las más espléndidas bellezas parisinas. Creo poder asegurar que los últimos aplausos allí concedidos, lo fueron a la bailarina Yetta Rianza, a la que no hemos de tardar mucho en ver en un teatro de Madrid, según mis noticias. ¿Y antes?... ¡Oh, antes poned todos los nombres más populares entre los artistas del género y habréis acertado.

□□□

Era el *Moulin Rouge* lugar muy amado por los extranjeros que acudían a París. Yo no recuerdo haber estado una sola noche en él sin haber visto varios palcos ocupados por diplomáticos y gente del gran mundo, porque, oído bien, el teatro de la alegría y del bullicio, jamás prostituyó su fama ni encanalló su arte.

Digno y con fiado en sí mismo, el *Moulin Rouge* acogió cuanto significaba alegría; pero no se entregó a arte de mal gusto, ni a espectáculos dignos de baja estofa. ¡Alegría, pero de frac! ¡Deseos de vida y de goce, pero entre personas bien educadas!

Por eso fué siempre querido y jamás abominado; por eso también, al sonar las diez de la noche podía confundirse su entrada con la de la Opera ó la *Comédie*, juzgando por la gente *chic* que allí acudía.

En la sala se seguía atentamente la representación, en el *foyer* se charlaba y se hacían planes para continuar alegremente la velada, en el jardín se buscaba, en el frescor de la noche, momentos de tranquilidad bien necesitada en aquel agitar continuo, y en los sótanos se bailaba. Era un edificio donde no se permitían penas ni disgustos.

El molino ha presenciado el triste espectáculo que presenta el París que le dió el ser y ha muerto entre llamas.

¡Digno final de un teatro artista! ¡No pudo encontrar otra muerte más gloriosa!

A. R. BONNAT

DIBUJOS DE MOYA DEL PINO



otros, pero era como esas personas de las que se dice «no tiene nada de particular, pero es atrayente». Esa es su definición y su mejor oración necrológica, ahora que ha desaparecido. Atraía, era simpático, poseía admirable don de gentes. Casi era un amigo.

Muchos y muy variados fueron sus espectáculos y por su escenario han desfilado las principales estrellas. Allí, no hace mucho fué puesta en escena una opereta en tres actos de un maestro español, Quinito Valverde, y allí llegó a su apogeo la libertad en el vestido al representarse *Una orgía en Babilonia*.

Citar nombres de artistas que por allí pasaron sería tarea im-

LO QUE FUÉ ELECCIONES PROVINCIALES

DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO

PENSANDO en las de ahora, recuerdo aquellas de 1878 que no sonaron, ¡cómo habrían de sonar!, pero dieron pábulo y ocasión para que se agitasen los políticos de todas las cataduras y condiciones; igual los meticulosos y tranquilos, que los audaces y revueltos; lo mismo aquellos obligados á bullir en la sombra, que los ilustres y de excepción destinados á pisar las cumbres.

El partido de Cánovas no quería que se moviese una rata sin consentimiento de su jefe; éste no se hallaba propicio para cesar en el sacrificio del Gobierno, y los constitucionales acaudillados por Sagasta notaban cada vez más agudas las ansias de hacer felices á los españoles desde los altos puestos del Estado. Total, que los liberales, viendo que el Gobierno resistiese á dejar el mango de la sartén, sintiéronse acometidos por una indignación tremenda, y acordaron no acudir á los comicios, donde iban á renovarse los padres de las provincias.

Las elecciones no fueron entonces, como ahora son, cosa de un día; duraban cuatro seguidos. ¡Cosa más rara! Cuando hay sufragio universal y además obligatorio, las votaciones se verifican en un día solo y cuando los censos eran limitados, cuando sólo votaban los contribuyentes, quedando excluidos los pelagatos, había cuatro días de elección. Uno para designar las mesas y los otros tres para señalar los candidatos preferidos por la mesa electoral.

En 1878 se eligieron las mesas en un lunes y el martes, miércoles y jueves, se dedicaron á la principal votación. En Madrid obtuvieron los triunfadores ochocientos y pico y novecientos sufragios los que más y ello, en tres días de lucha, nada menos. Con tal pormenor, se expresa bien á las claras que la batalla se podía llamar así por un exceso de metáfora. Las batallas electorales eran como las de ahora, aunque los ejércitos alistados fuesen menos numerosos. Para producir fragor de pelea, lo mismo da los censos nutridos de hogaño, que los escuálidos de antaño, aunque entonces, como ahora, en alguna

ocasión hubiese muertos de verdad, lo mismo como consecuencia de sangrientos choques, que para atender al diligente deseo de quienes llevan á las urnas la expresión de electores difuntos.

¡Qué oficio tan descansado el del candidato de tales tiempos! Mediante unos cuantos colegios se podía conocer la voluntad del país... con derecho á expresar su voluntad. Porque los hombres que no pagaban contribución directa, habían de aceptar la representación que les buscasen los otros, los profesionales ó dueños de tienda, taller ó propiedad, obligados por ellos á satisfacer cantidades señaladas por el fisco. Y así con verdadera modestia en el número de mesas y de interventores se atendía á la necesidad de ir creando administradores para el Municipio y para la provincia. De aquellos señores que eligió Madrid en 1878, apenas si guardo memoria. A uno sí le tengo bien presente. Brilla aún y quiera Dios que continúe brillando por muchos años en Academias y Ateneos; es don Manuel Foronda, el veterano escritor que tanto ha contribuido á enaltecer la Sociedad Geográfica.

Las elecciones provinciales á que aludo dieron la única nota anunciadora de la política en España en 1878; las notas tristes fueron la muerte de la reina Mercedes y la de la reina María Cristina.

La muerte de la reina Mercedes produjo en todo el país verdadero duelo. ¡Era tan hermosa, tan noble, tan sencilla, tan angelical aquella augusta dama! Pasó por el Trono rápidamente y dejó, sin embargo, tan hondas, dulces y halagadoras impresiones, que el día de su muerte lloraron las gentes por las calles al comentar las excelencias de la reina, efímera para las grandezas humanas, pero de eterna recordación en la breve historia de las bondades del mundo.

Pocos meses después que la joven Doña Mercedes de Orleans, sucumbía en el Havre, á los setenta y dos años, Doña María Cristina, la que había sido reina gobernadora y símbolo del liberalismo español; la heroicamente defendida por los partidos avanzados cuando llegó el momento de concluir con el imperio del absolutismo. Así como la muerte de la hija del duque de Montpensier, fué motivo para universales demostraciones de pena, la de Doña María Cristina pasó casi inadvertida. Hablaron los periódicos del periodo histórico en que había figurado la augusta señora, se evocaron las contiendas de la primera guerra civil, los días de 1840, los de 1843, la revolución del 54, pero el público en general leyó todo aquello como algo pretérito que para nada podía emocionarle.

Entonces Madrid procuraba divertirse. Fué cuando se intentaron unas ferias de Mayo, malogradas, como cuanto se intenta para jolgorio y animación de la Villa y Corte. Los madrileños, que en saliendo de su ciudad todo lo encuentran bien, cuando se trata de festejos en su casa no vacilan en aplicar contra ellos las mayores burlas y los más furibundos ataques.

Las ferias de 1878 se celebraron del 20 al 30 de Mayo. Hubo en el Prado y en el Paseo del Botánico, tiendas y pabellones instalados lujosamente por las más distinguidas sociedades y donde se dieron bailes, conciertos y fiestas animadísimas. Pero á pesar de todo, la feria primavera de Madrid no arraigó en aquel su primer brote, como tampoco en otros sucesivos. Y no dejó de arraigar por falta de lluvia, porque de más de una de las lujosas casetas, hubimos de salir á toda prisa y calados hasta los huesos con el agua arrojada por las nubes de un furioso turbión.

Recuerdo como detalle pintoresco de aquel



La Reina Doña María Cristina de Borbón, que murió en 1878

período, que hubo el de la visita de la embajada de Anam, compuesta por personajes que lucían primorosos y deslumbradores vestidos. A los anamitas, los llevaron, ¿cómo no?, á los toros, los pasearon por la feria, por los principales teatros y por los museos; según dijeron, todo ello les pareció bien.

Nos encontraron los anamitas en un período de fervoroso amor al Arte. En la Exposición de París había conseguido España un gran triunfo; el cuadro de Pradilla, *Doña Juana la Loca*, había obtenido el premio de honor y un grande y legítimo orgullo inundó el alma entera de la Patria. Hasta los hombres políticos gustaban más entonces de las emociones artísticas que de las luchas entre los partidos. Alonso Martínez, que además de un gran juriconsulto y un personaje de suprema calidad, era un devoto ardiente del Arte, reunía en su hotel, de la calle de Serrano, á Campoamor, Zorrilla y Nuñez de Arce, para que leyeran versos. Nada menos que dos grandes orquestas, dirigidas por Vázquez y Bretón, daban conciertos, honrados con la asistencia de todas las personas de viso, y por iniciativa de Castro y Serrano, de Fernández Bremón y de Fernánflor, se celebraba en los Cisnes (la fonda de la calle de Alcalá, que desapareció hace ya mucho tiempo), un banquete en señal de justificado regocijo, por haberse publicado una novela que se titula (vive y vivirá siempre) *Marianela*, escrita por un joven que ya tenía fama, pero que aún no había popularizado su nombre: Benito Pérez Galdós.

Parecen de ayer los días á que aludo, y, sin embargo, son tan lejanos... Un detalle lo dará á entender. En la redacción del periódico comentamos mucho un duelo, sin testigos, realizado por dos caballeros que con sendos revólvers, se tirotearon hasta que uno cayó en tierra gravemente herido. El lance ocurrió al lado de la Iglesia de los Jerónimos, entonces abandonada y sin culto, y al dar la noticia, en unos cuantos renglones (ahora se hubieran empleado dos columnas), hube yo de decir: «Lo solitario del paraje, lo extraviado del lugar, explica que las autoridades no impidiesen el encuentro». Ahora, aun cuando el paraje de referencia está lleno de casas espléndidas y cercado por calles magníficas, tampoco podrían impedir los guardias sucesos como el recordado. Para eso de la ausencia de vigilantes, en la vía pública, los días pasan, pero todos se parecen y es que Madrid crece y el cuerpo de Orden público sigue lo mismo.

Por la transcripción,

J. FRANCO RODRÍGUEZ



El ilustre pintor D. Francisco Pradilla en la época en que pintó su cuadro "Doña Juana la Loca"

EL APOYO INDOSTÁNICO

La llegada de las tropas indias á Europa, para reforzar los contingentes de los aliados, ha despertado la curiosidad del público. En algunos se une á la curiosidad la indignación. No perdonan á Inglaterra su ostentosa cobardía insular, y miran con justa antipatía que ella, la nación que se proclama libre entre las libres, haya transportado á Europa un ejército de siervos. Para reconstruir su supremacía en el comercio mundial, que le fué quitada por Alemania en una competencia honrada y pacífica, no le bastaba lanzar á la lucha con esta última nación á seis naciones, desde el Japón á Portugal; no le bastaban los cañones de 75 de Francia y los cosacos de Rusia; no le bastaba la complacencia de los asesinos de Serbia, contra quienes Austria sólo quiso llevar una expedición de castigo; no le bastaba solicitar el auxilio de sus colonias cultas, el apoyo leal de lo más selecto de los ejércitos canadienses, neozelandeses y australianos; no le bastaban los contingentes heterogéneos de razas inferiores que la más importante de sus aliadas ha aportado de África; quiso, para luchar por la independencia y el derecho de los pueblos del Antiguo Continente, enfrente de la barbarie y de la crueldad germánicas, traer á Europa esas huestes de la India, que son la negación absoluta de la libertad, de la civilización y del progreso.

Hagámosla, sin embargo, justicia. La sumisión y obediencia de los indios ha sido un éxito para Inglaterra, que ha podido separar de su más rica colonia, si no los 74.000 soldados metropolitanos, casi todos los 165.000 hombres de tropas regulares indígenas y lo mejor de los 128.000 de tropas irregulares. Estos combatientes, de rostros aceitunados, melancólicos y viriles, y de uniforme pintoresco y exótico, dan al cuadro de la guerra europea estética variedad. Falta saber si su virtualidad y su eficacia en la contienda han correspondido hasta hoy á las esperanzas de ingleses y anglofilos. Inglaterra ha demostrado que su política colonial, esa política de la mano de hierro, es una que de la tolerancia más anticristiana y escandalosa con todas las supersticiones de los pueblos atrasados, supera en provecho positivo á la de los pueblos latinos; pero ghan demostrado igualmente que las tales fuerzas indias no hayan venido á estorbar más que á otra cosa, si hemos de creer lo que cuentan de ellas?

Hasta ahora se ha visto y apreciado únicamente el aspecto teatral de estas fuerzas nuevas en Europa; pero no se han visto ni apreciado su importancia táctica y su valor técnico. Traídas por los poco escrupulosos ingleses como carne de cañón, se les ha colocado siempre en el primer puesto, en el de empleo. Para justificar este abuso, preténdese que á hombres de una bravura fanática, que no tienen á la muerte miedo alguno, que hacen del combatir una profesión y hasta una religión, no ponerles en la vanguardia equivaldría á menospreciarles y herir su moral militar y guerrera. Desgraciadamente, no es este el único rito ó práctica religiosa que rigurosamente cumplen. La bendición de los alimentos por sus sacerdotes constituye una ceremonia; el paso del sol por la parte más alta del horizonte visible, otra; ninguna maniobra de campaña es bastante á impedirles rendir ese culto á sus creencias.

Cuéntase que el Kaiser, hallándose el 10 de Octubre pasado en Donchery en conversación íntima con la mujer que hace cuarenta y cuatro años vive en la misma casa famosa llamada de la *Primera Entrevista* (porque en ella conferenciaron Napoleón III y Bismarck en la mañana del 2 de Septiembre de 1870), le dijo que en esta nueva guerra los franceses habían traído para luchar contra los alemanes hombres de moreria, senegaleses y otros de países salvajes. Tan sencilla frase, dirigida por el soberano de mayor poder del mundo á una pobre vieja, es para mí la más trágica y sentimental que se ha pronun-



Tropas indias al servicio de Inglaterra

ciado desde que estalló la conflagración. Esa frase hace pensar en todos los horrores que vienen realizándose en Francia, el punto de encuentro á donde las naciones amedrentadas han traído huestes de todas las partes del globo contra el pueblo sin parangón, que ha pasado su vida en deshacer prejuicios y en borrar dogmas antipatrióticos en el suelo de Europa, en las clases de la sociedad, en las cátedras universitarias, en las conciencias de los hombres y bajo las amenazas de sus rivales fuera y de su socialismo dentro. Pero volvamos al propósito.

Esas legiones de tropas coloniales ¿vendrán de eficaz ayuda para destrozar al invasor, ó podrán convertirse en un estorbo efectivo, en una impedimenta engorrosa, en un peso muerto? Sería cuento de nunca acabar si yo refiriese aquí circunstanciadamente las muchas penalidades que tales gentes han de experimentar hasta aclimatare y en general hasta adaptarse al medio á que se las ha traído. No puedo, con todo, resistir á la tentación de dar una somera noticia de lo más interesante.

La inclemencia de la temperatura es el primero y peor enemigo de los regimientos de cipayos y malayos que la Gran Bretaña ha transportado al continente. Se ha dicho que todos esos soldados coloniales proceden de países enclavados en las faldas del Himalaya, de mayor altitud que las europeas, donde se encuentran actualmente. Esta aserción sólo en parte es exacta. De todas las razas reunidas, *gurkhas, pathaus, sikhs, dogras, rajputs, baluchis, maharattas y musulmanes del Punjab*, únicamente los primeros están acostumbrados á los rigores de un clima frío, y los segundos, que (por haber sido reclutados en las tribus independientes que residen entre la frontera del Noroeste de la India y el Afganistán) lo están también, aunque en menos medida, tropiezan con el inconveniente de que jamás prueban, por superstición, el alcohol y la carne de cerdo, indispensables en absoluto para sostener el organismo frente á las heladas y humedades de Flandes, el Aisne, el Argonne y los Vosgos. En esas condiciones atmosféricas que endurecen la tierra y hacen penetrar el hielo y la humedad en los huesos, las tropas coloniales son diezmadas por la pleuresia, la pulmonía, la tuberculosis, la bronquitis aguda. Cuando son llevados á los hospitales, y en las estaciones del tránsito los curiosos ó los caritativos se acercan á preguntarles cuáles son sus heridas y en qué batalla cayeron, los pobres indios se señalan el pecho y tosen.

No es de extrañar esta calamidad, que ha hecho ya pensar á los generales ingleses en retirar dichas tropas, durante los meses de invierno, á los climas templados de Gibraltar ó de Malta, á Argelia ó á Túnez, en espera de que de nuevo venga el estío. Según una crónica excelente, firmada y publicada poco há (6 Diciembre 1914) por Azpeitia en *ABC*, «todo lo que humanamente es posible hacer para salvar á las tropas coloniales se pone en práctica: sus campamentos son verdaderos pueblos de chozas construidas con paja; se les ha autorizado para que enciendan hogueras, lo que está prohibido á las demás tropas, porque el humo sirve al ene-

migo para descubrir las posiciones; tienen mantas en abundancia, indumentaria de lana; la administración militar está encargada de que les sirvan té con ron, bebidas calientes y tónicos; pero, á pesar de todos estos cuidados, como falta el sol, como nieva y los hielos ponen un sudario blanco sobre la costra terrestre, los infelices soldados de la India (como los regimientos de senegaleses que Francia sacó de África y los tiradores argelinos traídos de sus comarcas) van cayendo uno á uno, heridos por la guadaña del invierno. Un corresponsal norteamericano cuenta que en cierta trinchera en la región de Ipres murieron días pasados 50 cipayos en una sola noche: el frío había colaborado eficaz-

mente con las tropas alemanas.

No es el ejército alemán, potente, numeroso y disciplinado, el adversario más temible de las tropas coloniales que pelean en el centro de Europa. Los indios miran con desdén todo eso, ó bien porque les es habitual y no le dan precio, ó bien por su fanatismo exaltado. Donde verdadera y principalmente se descubre su falta de idoneidad para la campaña continental europea es en el clima, como también en la alimentación y el régimen, el cual requiere víveres especiales, que ha sido necesario traer de la India. Este inconveniente ¿es fácilmente obvio? En modo alguno, antes demuestra muy claramente la inhabilidad para esta guerra de hombres habituados á legumbres secas de su país, carnes de cabra y cocimientos de hierbas, que no se encuentran en Inglaterra ni en Francia. Disponen, sí, de ganado vacuno, pero los indios no catan, ni á tiros, carne de este género, y es tal su paladar y olfato, que cuando se les ha querido hacer pasar la carne de vaca por la de cabra, han descubierto el fraude enseguida.

Quiero pasar en silencio, por no molestar al lector y porque no me fide de prolijo y tal vez de apasionado, otros detalles significativos; pero no puedo menos de llamar la atención sobre uno, es á saber: que más fácil sería cortar á un indio en menudos pedazos que ponerle al mando inmediato de un oficial inglés. Los indios no acatan más autoridad que la de los oficiales de su raza, ni obedecen á otras órdenes que las que se les dan por estos últimos en su propio idioma. Procede preguntar si á medida que las bajas de los escasos oficiales de los cipayos y de los malayos aumenten, no aumentará á la vez la desorganización de esos regimientos exóticos.

Resulta, además, que apenas anochece, los guerreros indios se niegan á toda maniobra de guerra, porque su religión terminantemente lo prohíbe; durante el día, todo lo que se quiera; pero de noche, nada. Ahora bien: en la guerra actual, la noche no cierra la pelea; ésta sigue con igual ardor y aun con más encarnizado encono que durante el día. Ya en la guerra ruso-japonesa, efectivos muy considerables lucharon de noche para disputarse la posesión de puntos estratégicos. A este sentir se inclina el general Maillard, aunque no del todo le abraza, por entender que es peligroso emplear muchas fuerzas en las operaciones nocturnas. «Pero la lucha en la obscuridad—dice Matilla—precisa hombres abnegados, bravos, heroicos, prestos al sacrificio, avezados á la pelea; y lo que antaño fué patrimonio de guerreros audaces, es hoy práctica usual de los combates que encadenan las acciones de guerra, prolongando en semanas las batallas que un tiempo fueron de horas.»

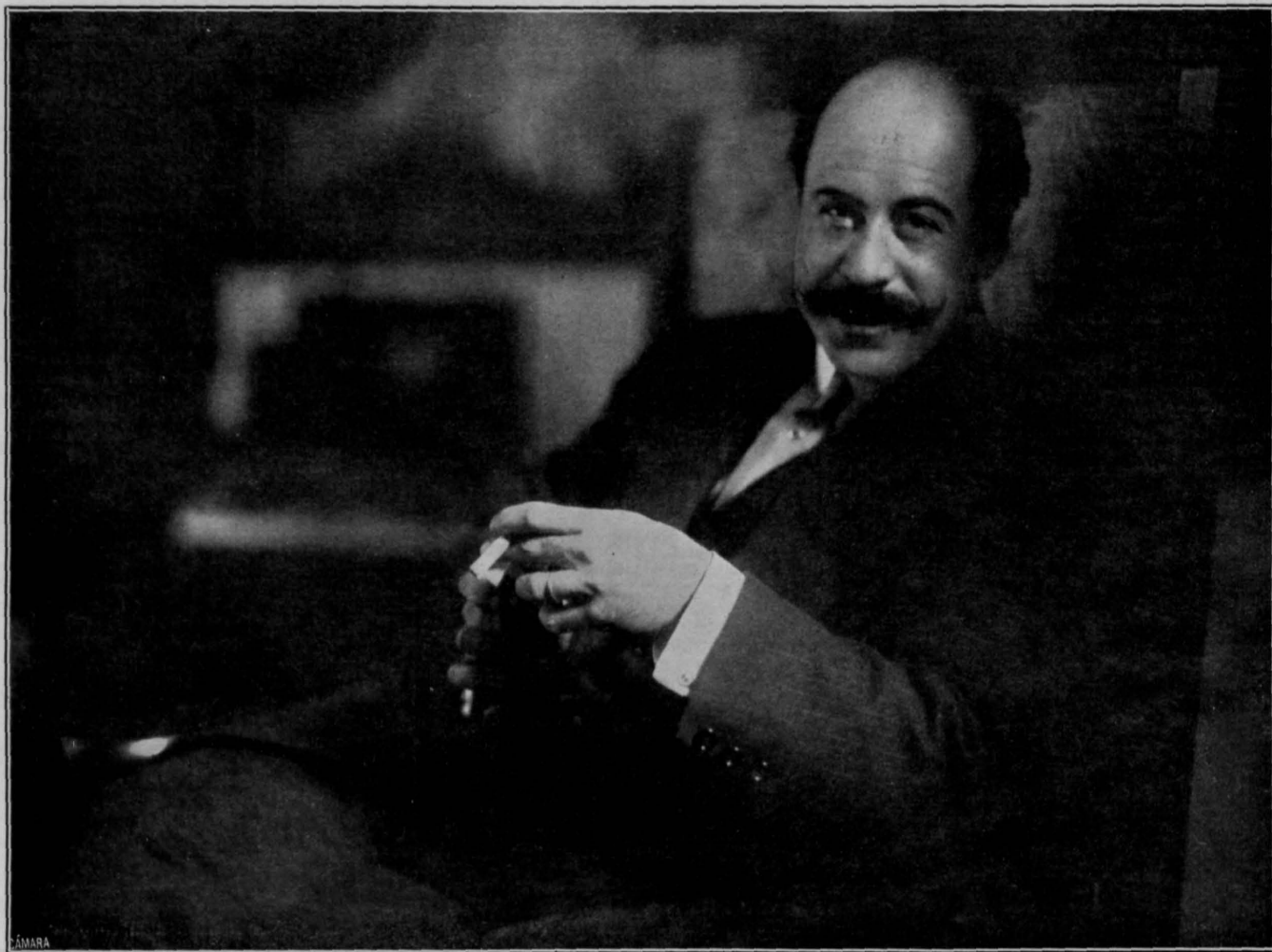
Parece desprenderse de estos datos que sólo contando con una poderosa fuerza militar, con un ejército, representación de un gran pueblo, organizado disciplinadamente, puede Alemania mantener su ofensiva contra las naciones más ricas y pobladas de Europa, que constantemente sacan tropas de sus colonias y de los otros países con los que le ligan convenios y tratados.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO



ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS

JULIO VILA PRADES



Retrato del ilustre artista valenciano, Julio Vila Prades

RARO es el caso de artista contemporáneo que, acercándose ahora a la gloria, ó ennoblecido ya por sus laureles, no haya sufrido en los comienzos de su carrera artística la luminosa obsesión de Sorolla.

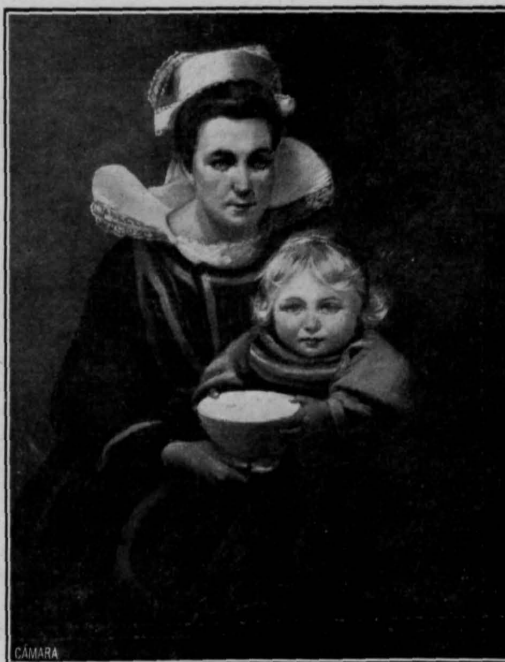
Como ahora el zuloaguismo, el retorno a los emocionales y perdurables motivos de belleza de nuestra raza, época hubo aún no muy lejana, en el sorollismo, la audacia colorista del aire libre y del sol influía sobre la pintura española.

Unos, verdaderos discípulos del gran maestro valenciano, sugestionados otros por la vibrante maestría de sus lienzos, casi todos los artistas españoles de hace trece ó quince años, consideraban como cima ó remate de sus aspiraciones estéticas, pintar como Joaquín Sorolla.

Nuestro arte ha evolucionado. Sorolla permanece inmutable é intangible en su altura de renovador y de gran técnico. Sus discípulos, aun los más favoritos de él en otro tiempo, han ido orientándose por más modernos senderos. Ejemplos: Chicharro y Benedito, que ya antes de la famosa Exposición de 1904 habían sacudido, independientes, la tutela sorollista.

Otros artistas, en cambio, han seguido fieles por temperamento y sensibilidad a la técnica y al especial modo de ver la luz y el color del autor de *Triste herencia*.

Entre estos sobresale, por sus propios méritos, el Sr. Vila Prades. Valenciano como Sorolla y discípulo suyo por convencimiento y entusiasmo, Julio Vila Prades ha seguido sosteniendo en América el prestigio del gran



Bretonas

luminista español. Ante sus cuadros, América pudo continuar creyendo en el persistente predominio de Sorolla...

Julio Vila Prades tiene una brillante historia artística. Para los artistas de última hora, su obra no es muy conocida. No por eso menos notable é interesante.

En aquella Exposición de 1904, tantas veces citada, y a la que siempre hemos de recordar como punto de partida del actual renacimiento artístico español, Julio Vila Prades obtuvo una segunda medalla que nadie discutió y que fué considerada como de las más justamente otorgadas.

De la misma generación de artistas que Chicharro, López Mezquita, Sotomayor, Benedito, y tantos otros, que hoy son los maestros de nuestro arte contemporáneo, Julio Vila Prades luchaba entonces a brazo partido con la vida, un poco ingrata para él. Alternaba las provechosas enseñanzas de Sorolla con la galeótica colaboración en periódicos y revistas. Como tantos otros artistas españoles, hoy afirmados sólidamente en la vida y entregados únicamente a la fructífera y grata tarea de pintar sólo aquellos lienzos de su gusto, Vila Prades tuvo esos comienzos difíciles, tristes, llenos de amargura y de cotidiana labor que sólo pueden resistir los luchadores de su temple.

A partir de aquella segunda medalla, su vida cambió por completo. En vez de limitarse a seguir batallando en un medio hostil y limitadísimo como es el de Madrid para los artistas, Julio Vila Prades aprovechó el dinero de su premio para salir de España.



La favorita



Bucólica

No fué á las viejas ciudades del recuerdo como las italianas. Ni tampoco le sedujeron las modernas orientaciones artísticas—algunas su poquito desequilibradas—que renovaban valores estéticos en Francia y Alemania. Marchó con rumbo hacia América, sintiendo en su espíritu las legítimas ambiciones de los españoles de la Conquista.

Ya en la Exposición siguiente, de 1906, su obra más importante, *Conduciendo hacienda*, era un episodio de la vida argentina. Un lienzo enorme, de tres por cuatro metros y medio, en el que Vila Prades representaba el paso de la Pampa de una torada conducida por los ágiles vaqueros vestidos con los típicos trajes gauchos. Este lienzo, resuelto con muy notable fortuna, fué adquirido por el Estado español y se conserva en el Museo de Arte Moderno.

Dos años después, en la Exposición Nacional de 1908, la técnica y los motivos de inspiración de Vila Prades variaban un poco sin perder por ello su filiación sorollista. Más «hecho», más seguro de sí mismo, ya demostraba con los retratos de la señora Condesa de Artal y del Sr. Necetti, sus notables condiciones para este aspecto del arte en el que habría de conquistar muy legítimos triunfos. Presentaba, además, un cuadro notabilísimo por la riqueza de colorido y la armónica agrupación de las figuras, titulado *Jurado de las carreras en el siglo XVIII*, y era también una pintoresca evocación de costumbres valencianas. Desde entonces

ces Julio Vila Prades no ha vuelto á concurrir á las Exposiciones españolas. En cambio, siempre que en el extranjero hubiera ocasión, con motivo de algún certamen internacional, de estar representada la pintura española contemporánea, no faltaba por lo menos una obra de Vila Prades. Sobre todo en América. Tal vez sea el pintor español más popular en todas las Repúblicas ibero-americanas. Los museos oficiales y muchas pinacotecas particulares de Brasil, Argentina y Chile, conservan lienzos suyos; sus retratos

se cotizan á altos precios y más de una vez ha interpretado en obras de grandes dimensiones, episodios históricos de la nación argentina, entre los que sobresalen *San Martín y O'Giggins cruzando los Andes* y *La primera junta en casa del Virrey*.

Las obras reproducidas hoy en LA ESFERA, reflejan en toda su integridad el momento actual de la pintura de Vila Prades.

Tanto los retratos como los lienzos de género, están resueltos con esa pincelada amplia y segura, con esa preocupación decorativa y colorista que Vila Prades ha heredado de su maestro.

Pero lo más interesante en la serie última de obras del notable artista valenciano, es el cuadro *Cante gitano*, al que pertenece esa expresiva cabeza de mujer reproducida en nuestra portada.

Es un cuadro de licencia y de dolor. No se puede ver sin que un calofrío recorra nuestro cuerpo y nos avergoncemos de ser hombres. Es en el interior de una mancebía y pocas veces el arte de Vila Prades ha triunfado con tanta sobriedad apasionada y con tan exacto dominio de sus facultades.

Los dos desnudos femeninos están tratados de un modo recio y firme, expresando toda la desolada melancolía de las pobres carnes infamadas.

Las otras figuras de mujer acurrucadas en torno de las dos desnudas, forman un fondo bellísimo en el que resaltan las flores bordadas de los chinoscos pañolones.

SILVIO LAGO



Retrato del arquitecto francés, Mr. Giro

CUADROS ESPAÑOLES



DE REGRESO DE LA CORRIDA

Cuadro del notable pintor valenciano J. Vila Prades

POEMAS EN PROSA



LA DAMA ROJA

LAMEANTE ideal, pasa como vértigo de exaltación por las frentes febriles.

Desnuda, enérgica, fecunda y rencorosa. Tiene caderas fuertes, vientre musculoso, recios hombros y pecho de granito.

Mira constantemente al frente; avanza, sube; reconcentra venganza y encono en el torvo entrecejo; palpita impaciente; proyecta, maldice, trepida; y, al posar el pie blanco en la tierra, ruedan hasta el abismo enormes peñascales desprendidos.

Sus ojos son de noche, de circasiana hermosa que aprendió a odiar bajo el látigo del tirano. Mira, cruel, á lo lejano, escrutadora, y brilla un relámpago de gozo cuando en el nubarrón del porvenir ve fulminar la profecía.

Sierpes son sus gudejas; son girones que el vendaval deshace y forma cuando embiste, violento, á esta mujer garrida que siempre va contra huracán.

Párase en las montañas para atalayar los centros populosos. Escudriña y descubre los hombres que se agitan en las fábricas, entre volantes, émbolos, correas, monstruos mecánicos; en las galerías de sombra, donde millares de fantasmas se envenenan con polvillo de mineral y empujan carretones á la luz sorda y callada de las lámparas.

Y su mirada sigue, en otra parte, la acción de sabios que van examinando, con sigilo, químicas de expansión destructora.

Ve, límpidas, metálicas, las líneas de los rieles cruzar el haz entero de la tierra, y máquinas veloces, serpentear, volar, lanzarse por los desfiladeros. Un hombre, pecho afuera, en el regulador la mano firme, escruta el camino que devora, rauda. Es flaco, pomuloso, huesudo; pero la Dama Roja le ama. Va tiznado, pero ella le ama así, porque el tizne hace blancos sus dien-

tes y expresivos sus ojos. Y sueña la Dama Roja con volar hacia él, y abrazarse al cuello y decirle al oído con todo el arrebató de su pasión vertiginosa:

—¡Fuerza el vapor!, ¡violéntalo! ¡Fuerza la presión! ¡Enloquece! ¡Huye veloz; sé alud..., saeta! ¡Que la caldera tiemble!, ¡que las sienes estallen!, ¡que todo ese montón feliz se precipite desde la cumbre, como canchal que se despeña, porque tú, bien mío, lo arrojas!... ¡Aterroriza, espanta, estremece, destroza!... ¡Vé al abismo, bien mío, que voy contigo yo!... ¡Híela de horror á todos los que conduces y te olvidan!... ¡Quiero hacerte grande, y exterminar! ¡Te adoro y tengo celos!... ¡Mientras los guías tú, se miran ellos en los ojos, sin acordarse ni premiar tu mano, dulce bien, que los conduce!... ¡Vé al precipicio!... ¡Ten valor y ten gloria! ¡Te haré inmortal! ¡Te besaré en la boca y enlazaré tu cuello con mis brazos desnudos!... Y la Dama Roja escucha ya el estrépito de hierros; tiembla su cuerpo todo de entusiasmo, aventando victoria y, lanzando un grito de walkyria posesa. «¡Germinal!... ¡Allá va, tromba que arrasa, ciclón contra ciclón!...»

Lleva su amor á muchos hombres, y su pasión para los que han delirio. Ella fué siempre la que endulzó las horas de los libertarios en prisión. Sus dedos despeñaron, hacia atrás, con vehemencia, despejando la frente, la cabellera heroica, insolente, de los que gritaron rebel-
día frente al cañón de los fusiles, al pie de los tapiales de ladrillo y de las rejas carcelarias.

Su túnica purpúrea, tornasol, flamea al sol cuando la agita el viento; es llama, incendio, arbol de crepúsculo, volcán... Tiene, como el volcán, calmas solemnes, reconcentradas, y arrebatos. Cuando ella siente fermentar en la idea la hecatombe futura, y siente en el espacio

sideral la sorda formación de la venganza, queda quieta, deja caer el manto rojo de sus hombros y permanece así, de pie sobre la cumbre, la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados, majestuosamente desnuda—carne piedra— ante los ojos místicos de los visionarios de la Urbe.

Cuando el calor de la tormenta llega, jadea, henchido el pecho; se caldea su sangre; despierta del letargo, profética; ventea, vibra, relampaguea de alegría al sentir bajo su pie cocer la tierra por un odio que hierve; y cuando el mundo estalla, tiembla el espacio y se derrumba entera la ciudad, su torso recio de cariatíde se ensancha, respirando á pleno pulmón las bocanadas de victoria... Sobre los escombros pasa, genial, envuelta en la gran túnica que el viento, en torbellino, agita, acrece, ondula, como llamarada triunfal...

ooo

...Cuando la Tierra quede sin un sér, el silencio se abatirá sobre la Tierra; caerá la desolación sobre las ruinas de la venganza, no habrá torre, á lo lejos, que yerga su esbeltez para encanto del caminante ya imposible... Tan sólo allá, contra crepúsculo, alguna chimenea de fábrica, derruida é inútil, dejará escapar restos de humo, como hachón extinguido por vientos de tragedia.

Pasará entonces, flameante y triunfal, la Dama Roja.

Girarán, desde entonces, las estrellas en el vacío de las noches; y la triunfadora agitará su túnica en vano, con arrogancia estéril, porque el gusano vil y absurdo, que era el hombre, no estará ya sobre la tierra para caldear el mundo con aquel corazón, extraño y miserable, que embellecía el universo...

MANUEL ABRIL

DIBUJO DE MANCHÓN



El Gran Canal y el Palacio Cavalli

UN EJEMPLO DE GUILLERMO FERRERO

Los Palacios de Venecia

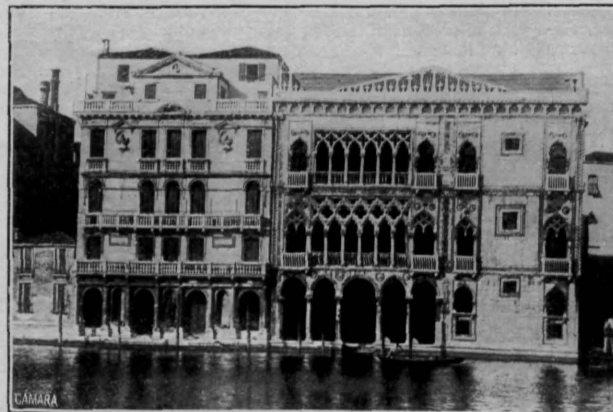
No anda muy claro eso de la latinidad. Entre el parentesco étnico y el parentesco espiritual de los vecinos norteños del mar Mediterráneo han puesto los siglos demasiadas intercesiones extrañas y cópulas forasteras para que podamos considerarnos, los españoles al menos, consanguíneos puros de Rómulo y Remo. Ni los franceses tampoco, ni tampoco los italianos. El propio Mediterráneo, que para unos es el lazo común de la latinidad y para otros el valladar que libró a la raza de más graves yuxtaposiciones africanas de las que ya hubo, tampoco resulta completamente latino. La latinidad del Mediterráneo está en ser espejo de claros cielos y nidal de bellas leyendas, en haber acariciado el desnudo cuerpo de Safo y haber soportado la carga gloriosa de laureles conquistados por Don Juan de Austria en la famosa ocasión de Lepanto; está en su riqueza de color, en sus cambiantes azules, verdes, violáceos, grises, rojos que se mezclan, se difuman y se confunden como en ese retoricismo histórico se mezcla la herencia helena con el espíritu fenicio, el rigor espartano con la cultura egipcia, la osadía cartaginesa con la prudencia hebraica, el valor musulmán con el cinismo tunecino; todo ello, y más, en revuelto montón de tiempos y lugares.

Parece que importa mucho ahora a los pastores de pueblos fijar y precisar el verdadero espíritu de la latinidad, sus fronteras geográficas, su singular naturaleza. Es como si la vieja Roma resucitara con sus expansiones militares, con sus difusiones culturales y quisiera eliminar de

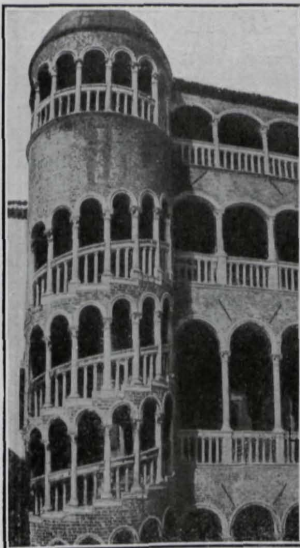
su raza toda la sangre espúrea y bárbara que los siglos y las adversidades históricas le han ido inoculando. En la Sorbona varios sabios y literatos han celebrado hace pocos días la resurrección de la latinidad. En nombre de España, celta en Galicia, euskara en Vasconia, cartaginesa en Levante, sertoriana y viriatana en sabe Dios qué ignorados rincones, goda hasta el refugio de Asturias, helena y fenicia á ratos, hebrea á manchas, gitana á saltos y, sobre todo, mora hasta las cachas, nuestro siempre insigne, curioso y complejo Blasco Ibáñez se ha declarado latino y nos ha latinizado á todos. Esto es una lamentable defección. Hace algunos años Blasco expli-

caba á sus íntimos que sus fiebres de trabajo y sus desmayos perezosos, sus afanes y sus decrecimientos, su sed de aventuras y su hambre de recogimiento, el desbordamiento de su fantasía emparejado con su sentido de realidades, su temperamento artístico y su temple de hombre, tan extraños, tan contradictorios, procedían de su indudable doble naturaleza: mitad mahometana; mitad judía; de latino, *piscis*, que decían los libertos de Petronio. Yo, como buen andaluz, también me siento morisco y no sé si judaizante al ver la escasa prosperidad de mis negocios.

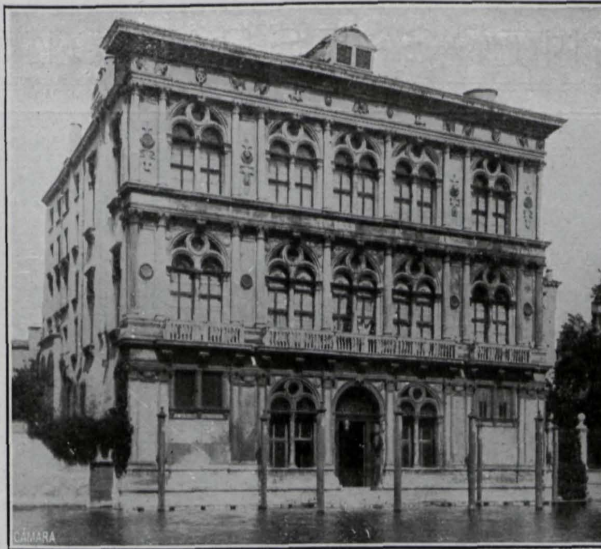
Pero Guillermo Ferrero, el admirable pensador italiano, no se detuvo en vanas retóricas de ocasión. Expuso un sistema, una teoría de latinidad. Hé aquí sus palabras: «Después de Grecia, la vida ha sido una lucha perpetua entre el principio de lo grande y el principio de lo colosal. En todo lugar y siempre, ha habido y habrá hombres, pueblos, épocas que han querido ó querrán hacer cosas grandes, y otros, que han querido ó querrán hacerlas colosales... Oriente es la masa, la pesadez, la enormidad, la repetición, la prolijidad. Grecia es la proporción, la armonía, la agilidad, la claridad, la precisión. El uno aspiró á ser colosal; la otra se esforzó por ser grande. Entre lo colosal y lo grande hay, en efecto, una diferencia intelectual y moral á la vez. Lo grande es un esfuerzo para lograr un ideal de perfección creado por el espíritu humano; la ambición de vencer una dificultad únicamente espiritual, cuya ley es únicamente interior. Lo colosal es un esfuerzo para triunfar de la materia y



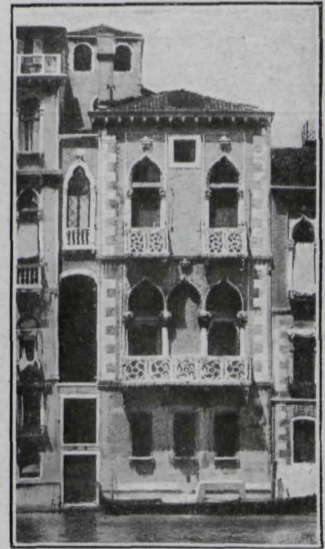
La Ca d'Oro



Escalera del Palacio de Minelli



Palacio de Vendramin Calergi



Palacio Contarini Fasina

de las dificultades que se oponen a nuestra voluntad ó á nuestros caprichos, es decir, de obstáculos exteriores. Un ejemplo. Venecia: no hay más que recorrer el Gran Canal para ver cuán pequeños eran los palacios construidos por las generaciones que crearon la grandeza de la República, en comparación con los palacios más modernos edificadas por las generaciones que celebraron los alegres funerales de Venecia...

¡Los palacios de Venecia! En ese contraste que señala Ferrero, ¿gesta el espíritu de la latinidad? Como un peregrino musulmán que va á refrendar su fe en la Meca, he querido evocar la visión del Gran Canal... Anzolo, el gondoleiro moro pintado por Licata, ha avanzado hasta mí con su gentil navicilla, cuya proa alivia corta las aguas como el cuello de un cisne. No es un latino, me digo, y sin embargo, hé aquí que en él todo es proporción, armonía, agilidad, claridad, precisión. Estamos ante el palacio Cavalli, cuyas balconadas nos hacen recordar rincones de Toledo, de León, de Burgos. Contemplando esta fachada comenzamos á entender á Ferrero, pero allá en el fondo se alza la cúpula de la Iglesia de la Salud; no sé si comienza á dejar de ser grande para empezar á ser colosal, porque Ferrero no ha precisado en cifras, en metros ó en kilos, los límites de ambas proporciones, mas, chica ó grande, despierta en nosotros el recuerdo de la cúpula del Escorial, maciza, pesada, enorme, monótona, venciendo altiva las resistencias materiales. Por un momento, en pleno canal veneciano, en plena evocación del alma latina, nos encontramos en la góndola de un moro rememorando una obra colosal, bárbara, alzada sobre los más severos peñascales de Castilla. ¿Dónde está nuestra

alma latina? Acaso huyó de la sangre germana de Felipe II; acaso se había refugiado antes en los dedos gráciles de aquellos alarifes supremos que tejieron los divinos encajes de piedra de la Alhambra en Granada, del Alcázar en Sevilla, de la Mezquita en Córdoba, de la Puerta del Sol en Toledo, del pleno arte árabe, todo proporción, armonía, ligereza, luz, contorno, detalle... ¿Y esto es latino?

Más allá, Anzolo se detiene ante el palacio Contarini, donde la tradición supone á Desdémona convulsionaria en la bárbara agonía que la estrangula. Y aquí, si el palacio parece latino, la memoria huye en busca del genio inglés que lo inmortalizara con su tragedia...

Unida á un palacio moderno, digno de la Castellana ó de Recoletos, que con una estatua, tres bustos y dos vacías hornacinas, á modo romano, quiere producir una apariencia de arte y una ilusión de belleza, se nos ofrece la Cá d'Oro, con sus galerías y sus balcones, llenos de gracia. Yo quiero creer que todo el genio latino está en aquellos bien acordados contornos que parecen un milagro de sutil delicadeza, pero aquel mismo milagro, aquel mismo arte, ¿no se reproducen en los Países Bajos que repudian la invasión española y rechazan el espíritu latino, no viven y alientan en la Catedral de Colonia, tan amada de los germanos?

Capricho, sin duda, latino, el del Palacio Minelli, con su escalera balconada y luego, hé aquí ya los pesados edificios de la decadencia que Ferrero nos invita á contemplar para que comprendamos su símbolo de Venecia. El palacio Ca' Balbi... Sobre su pueria achaparrada, contrastando con los petulantes escudos nobiliarios, hay una muestra recién pintada y en ella

se lee: «M. GUGGENHEIM.—ARTE INDUSTRIALE É DECORATIVO». Allí, ¡oh, profanación!, los talleres y la tienda de un germano! No os detengáis ante el palacio Corner de la Cá Grande, que hallado al paso en cualquier capital española os parecería forzosa residencia de la Diputación provincial; no os detengáis ante el palacio Vendramin...

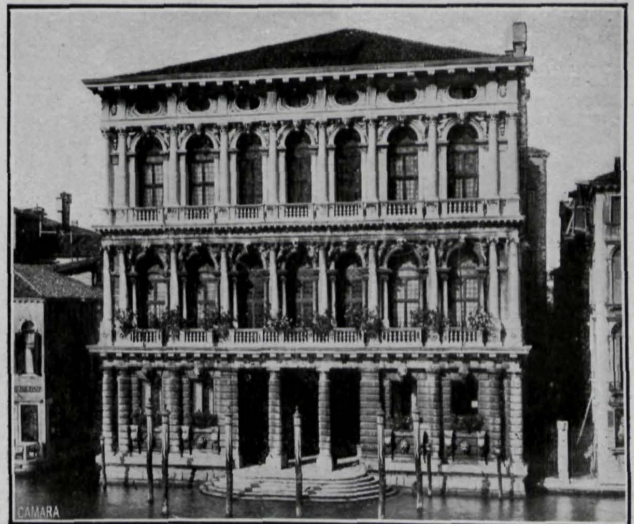
Pedid al moro Anzolo que detenga su góndola y olvidad estas horas tristes en que los espíritus más luminosos quieren encubrir desatados odios con juegos de palabras. Preguntad á aquellas aguas del Canal, que saben los secretos trágicos de la República veneciana, con sus cárceles, con sus intrigas, con sus refinamientos, de qué corte oriental, de qué tribu asiática procedían el espíritu y la sangre que la hiciera grande y famosa!

Podrá encontrarse, á puras selecciones, y podrá reconstituirse una familia de pueblos latinos; honda obra de sabiduría sería lograrlo, pero querer hacernos creer en que la linde de significado de las palabras *grande* y *colosal* basta para constituir y diferenciar razas distintas y para pedir el exterminio de las que no sienten la belleza sino á través de una presbicia que necesita para saciarse el arte que amontona las Pirámides, funde el coloso de Rodas, alza el Coliseo en plena latinidad romana ó edifica los rascacielos de Nueva York... ¡lo colosal incompatible con el espíritu heleno, que engendra los admirables símbolos de Hércules, de Vulcano, de los titanes que intentan escalar el cielo...! ¡Y es que el odio ciega y enloquece y la Sorbona se convierte de Universidad en una trincheras!

DIONISIO PÉREZ



El Palacio de Pesaro



El Palacio de Rezzonico

Cuentos Españoles



PERRERIAS

PERO ven aquí, tonta, más que tonta.... ¿á qué te enfadas?, ¿qué t'he dicho yo pa que pongas esa geta que tan mal te cae?

—¡Déjame!— contestó Lucía de muy mal modo.

—Apósate, que no es pa tanto. ¿qué t'ha pasao? En total, ná.... ¿que los gabis están duros como balines? ¿Y qué? Tuya no es la culpa, la culpa es de ese tendero, ¡bendita sea su madre!, que no tié ni el canto de una gorda de concencia y diznidá... ¿Que en las sopas de ajo nadaba un cabello negro de los de tu mata? Delincuencia d'el aire que se divierte y jaquetea con este rico pelo que Dios t'ha dao.

—¡Tómamele encima!

—¡No cojas el canasto los chuchos, ¡mi vida!— exclamó amoroso Jacinto—que no hay razón pa ello... Lo que hay, morucha, es que no quiero verte enfadá; que necesito, como el sol, de tu mirar alegre...

—Pues, sí que haces pa que luzca.

—¿Y qué t'hago yo sino quererte y adorarte con toita el alma? Créeme, chiquilla, tú lo eres tóo pa mí; tóo...

—Ya lo veo...

—¿Qué quejas tienes?... ¡Contesta!

—No tengo ganas de conversación...—replicó la joven poniéndose en pie.

—No seas tonta y oye...

—Eso que has dicho, tonta y más que tonta, es lo que soy yo.

—Dime lo que quieras, pero no te enfades... ¡Anda, dame un abrazo!

—¡Suéltame!

—¿Pero es que no me lo das?

—Que me sueltes, digo.

—Pero... Lucía...

—¡Déjame!—y la moza, dando un fiero respingo, salió del comedor.

¿Qué era aquello? ¿A qué obedecía aquel cambio tan repentino? Ya sabía Jacinto de los prontos de su mujer, pero nunca pudo sospechar que llegasen á tanto. La razón estaba de su parte. ¡claro!, cada día era más *dejada*; la comida mal hecha, la ropa mal cosida, el gesto más duro cada vez. No, eso no debía continuar...

—Bueno, que yo la quiera como la quiero, que es el delirio; pero de ahí á que se apunte todas, hay mucha caminata...

Este monólogo, dicho en voz baja, parecía ser escuchado y comprendido por «Paloma»—la linda perra de caza que Jacinto cuidaba y quería—quien con mirar triste buscó acomodo entre las piernas de su dueño...

—¿Qué dices tú, «Palomita»; verdá que el ama no es buena conmigo? ¿Verdá que debía quererme más?

El animal alzóse del lugar en que descansaba, y, moviendo alegremente la cola, desapareció por igual sitio que Lucía saliera.

—¡Pobre animal!—exclamó Jacinto que, colocándose el mandil de jerga, volvió á la faena de cortar los cueros, que luego apararía su mujer.

Cuchilla en alto estaba el hombre dispuesto á su quehacer, cuando los gritos de Lucía y los aullidos de «Paloma» le detuvieron.

—¿Qué pasa?—gritó.

—Ná; que esta asquerosa perra, no hace más que hacerme la rosca, y lamerme las manos. ¿Te parece bien?

—¿Y tú t'has pegao? ¿No es eso?

—La defenderás, seguramente..

—No, mujer, no; si había hasta pa haberla degollao. ¡Mia tú, que besarte las manos!... ¡Si que es delito!

—¿Sabes lo que te digo?, que ya es mucho jeringar ésto, y que la chucha y tú m2 estais cargando...

—¿Pero qué hablas ahí?...

—Lo que oyes y ná más... Que me fastidia ese animal y que no será el último disgusto que nos dé...

—¿Y á qué viene tóo eso?

—A que yo soy el último mono pa tí, y á que ó se va la perra de esta casa ó me voy yo.

—¿Estás loca?

—Lo dicho está dicho.

—Estás mochaes de la sesera.

—No será por el vino que te bebo.

—Mira..., Lucía; tengamos la fiesta en paz; anda á lo tuyo, deja el animal y no m2 irrites...

—Ni que fuera su padre.

—¡Cá!late!

De tal forma y en tal tono ordenó Jacinto, que Lucía dejó de hablar.

Cuando «Paloma» se acercó á su dueño, éste la acarició con tristeza.

—¡Pobrecita!—dijo—no te quiere el ama, ¿verdad? Pues yo sí te quiero, y te quiero de veras... No la hagas caso; tié muy mal corazón—y en voz baja temblorosa añadió:—es muy atravesada y muy perra.... ¡muy perra!

ooo

—Mira Higinió, con el alma muy dolorida te doy la perra, y te la doy á tí, porque además de estimarte sé que la cuidarás y apreciarás en mucho.

—¡Cálculate tú!

—Y más que ná, con franqueza, porque te vas á vivir al monte. No me acostumbraría á verla por aquí, y ella tampoco.

—¿Tu mujer, dices?

—¿Mi mujer? No me hables, l'ha tomao con el pobre animal, y no es cosa de asepararnos por eso.

—Yo en tu caso..., lo pensaría.

—¿Eh? ¿qué quieres decirme?

—¿Yo?... Nada...

—Habla, que tú eres un amigo y tiés obligación á ser claro...

—Nada pueo decirte.

—Mucho, debieras decir... No sé lo que es, pero noto alguna cosa en ella, y en la gente que me trae loco. ¿Hay algún motivo? ¿Acaso?... Pero no; eso no... Lucía es buena, tiene su genio, pero es buena. Habla si quieres; habla.

—Si te digo que no sé ná...

—¿Palabra?

—¡Palabra!

—Pues, abur, y ten cuidao que no te se escape.

—Ya estaba en ello...

Quando el buen amigo se separó de Jacinto, llevándose casi arrastras á la pobre «Paloma», alguien que vió la escena, dijo entre dientes:

—¡Ya se salió con la suya la muy!..., ya no tiene quien la siga sus malos pasos... A lo mejor se creería que el animal lo iba á contar tóo...

—¡Dice usted, pero que mu bien—añadió una comentante—y además no volverá á morder al chulo, como en la calle de las Amazonas, cuando le largue bofetás como la de marras!

En tanto se cuchicheaban estas cosas, llegó el mozo á su casa, triste á la vez que alegre. Ya no sería la perra motivo de discordia, y la tranquilidad volvería al hogar...

—Señor Jacinto—díjole la portera viéndole entrar,—tome usted la llave.

—¿Pero es que mi mujer no está arriba?

—No, señor, ha salido...

—¿Que ha salido? ¿A dónde?

—¡Ay..., yo no lo sé!...

—¡Quizás, que á entregar!—dijo, sonriendo una vecina...

—¿A entregar?—preguntó inocente y bondadoso el enamorado.

—¡Es lo más fácil!... Cuasi tóas las tardes sale.

—¿Qué sale? Pero ¿á qué?...

Y contrastando con su exaltación y duda, en choque brutal que le hizo cachos el alma, respondió riendo la preguntada:

—¡Allá cuidao! Eso no es de mi distrito; pero si tié usté mucho interés en saberlo, no se lo pregunte á ella porque no lo dirá; vaya usté, y es lo más seguro, á una pitonisa de la cá el Amparo, que esa sí que pué que lo sepa... y abur... que tengo arroz y se me está pasando...

A brinco, subió Jacinto la escalera. Cuando entró en su cuarto, halló los muebles en desorden, las ropas tiradas por el suelo; una carta apoyada en un San Antonio de escayola, era el único objeto bien colocado en aquella estancia.

Ni en casa de su madre, la famosa maestra Lola, decana de las cigarrereras de la de tabacos, ni en la de su hermano Paco, *el Botines*, tabernero de pro en la Costanilla, supieron darle razón de la pájara.

Tentado estuvo de dar parte, pero...

—¿Pa qué? Dar un cuarto al pregonero á costa de mi desgracia, sería la primá de las primás. No, lo mejor y más seguro es buscarla yo, y pedirle la declaración, y dar después el fallo, que pa eso me nombra mi real voluntad fiscal y aguacil, y secretario y enterraor..., ¡ay, su cochina vida si la topo en mi camino!...

Inútil fué; ni aquella noche ni á la siguiente y en toda la semana, averiguó el bueno de Jacinto otra cosa que detalles y más detalles que aumentaran su encono y encendieran su sangre.

—Desde á poco de casarse se entendía con un maletilla—le dijeron.—¡La da cá morrá! Una vez, aquella que tuvo un ojo de alivio, y que dijo que era por mor de una caída, fué por efecto de un tortazo que la dió el hombre. ¡Olvídela usted! ¡Es digna del más hondo desprecio! R. I. P. y ná... más!

Eso haría, olvidar, y convencido de que era lo mejor, probó á ello. Las horas de trabajo bien, el trabajo distrae y consuela, pero luego,

á la noche, en aquella cama ancha como un desierto y fría como un témpano, lloraba el mozo su desgracia y soñaba luego con alegrías que el despertar hacía penas.

—Lo mejor es marcharse de aquí. ¿A dónde? Lejos, muy lejos, y cuanto antes mejor.

Como lo pensó lo hizo.

Vendidos los muebles, pronto saldría de aquel cuarto que fué su nido de amor y ahora, por culpa de una mala hembra, era cárcel inquisitoria.

Todo dispuesto, era aquella la última noche que en él dormiría.

—Pocas horas faltan—pensó;—mañana de viaje y dentro de un mes, entre otras gentes y otras costumbres; hay que vivir, aquello fué un mal negocio... ¡Penillas al aire y..., á otra cosa!...

Desnudóse despacio. Tendido sobre un viejo colchón iban cerrándose los ojos, cuando un ruido que de la puerta llegaba, le puso en pie.

—¿Qué será ello?

Por un instante cruzó por su cerebro la idea de Lucía, enferma y arrepentida...

—¿Eh? Pues sí; es aquí... ¿Quién?—preguntó en voz alta.

No respondió voz humana, pero sí un gemir doliente contestó á su pregunta.

Vistióse á prisa, y á cuantas otras veces preguntó, otras tantas respondieron los gemidos.

—¿Será un guasón que no me quiere dejar dormir? ¿Quién? Ea, veremos qué es ello...

Con precaución abrió la pueria y vió en la oscuridad una mancha blanca que gemía y le miraba con ojos muy abiertos...

—¡«Paloma»!!—gritó Jacinto, y la perra entróse casa adelante dando saltos de gozo.

Como alocada buscó por todas las habitaciones; cuando pudo convencerse de que su requisa era inútil, volvió junto á su amo, al que lamó las manos y miró con tristeza.

—No la busques, «Paloma», no está; me abandonó; ya no volverá nunca. ¡Era una mala mujer! ¡Fué una perra! Pero no..., ¡qué más quisiera ella! ¡Perdona el insulto, «Paloma», perdóname!

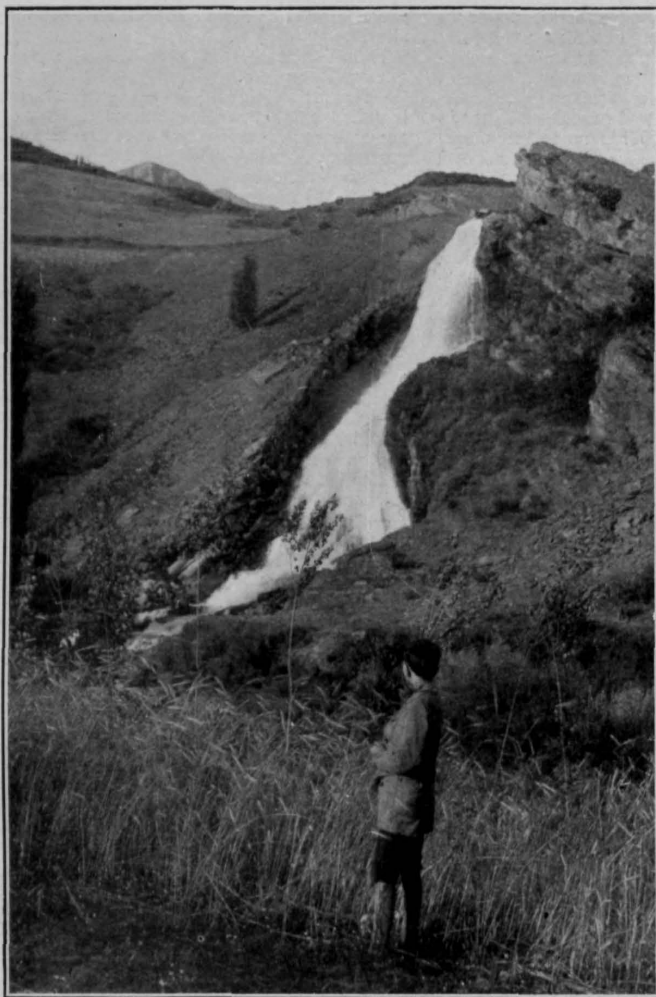
FERNANDO MORA

DIBUJOS DE HOYOS

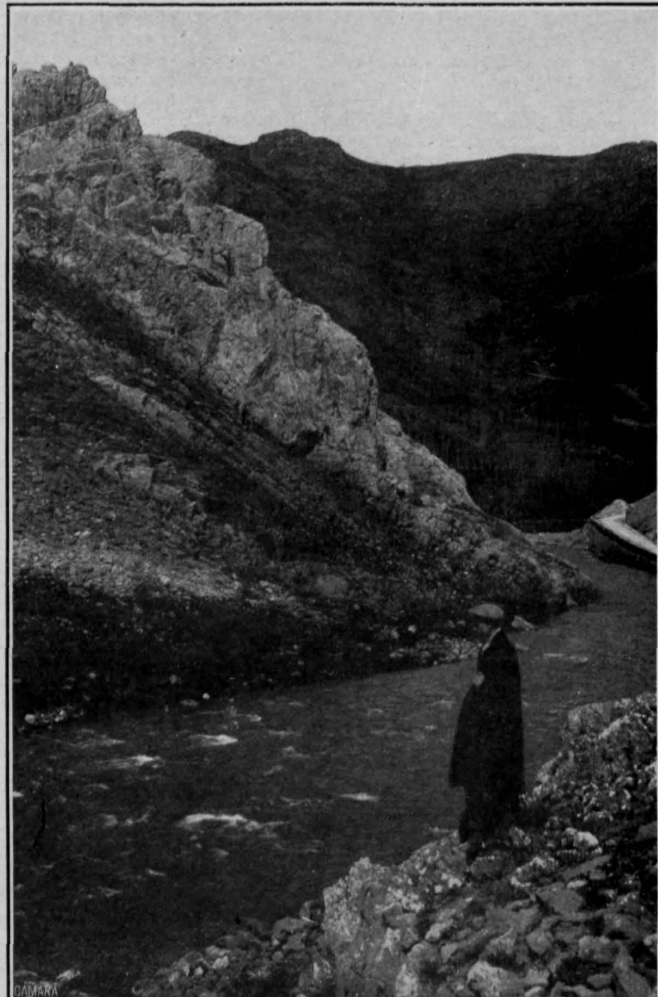


POR LA ESPAÑA PINTORESCA

LA POESÍA DE LA MONTAÑA



Salto de agua en las montañas de León



Salida de las hoces de Vegacervera

La poesía no es la bagatela, pasatiempo de burgueses que aspiran al *cachet*, ó de elegantes que han oído hablar de Grecia..., es acaso el más serio estudio y probablemente de los más trascendentes y útiles por cuanto endulza la vida que es ya bastante práctica aplicación. Además, estamos viendo que todo el progreso material, derivado de las ciencias experimentales, desde la aviación hasta los proyectores de luz, parece que fueron revelados para mejor y más brutal destrucción de la humanidad. En cambio las víctimas de la poesía se cuentan por los dedos... algún adolescente que leyó el suicidio de Werther, alguna niña soñadora enamorada de la palidez de la Dama de las Camelias; y de batallas no se hable, pues aun la formidable campaña de clásicos y románticos en el famoso estreno de *Hernani* no paró de unos razonables bastonazos.

En vista del culto espectáculo civilizador que están dando al mundo las progresivas naciones europeas, resulta que emplearon mejor su tiempo los poetas que los mecánicos; con sonetos, aun siendo malos, no se mata gente ni se destruyen las riquezas de los pueblos.

Tolstoi ha vencido; la civilización es un mal, ¡el mal mayor!

¡Y nosotros, que hemos pasado la vida enviando el porvenir de Bélgica, la de la manufactura exquisita, la del ultramaquinismo!... Nosotros, debeladores de nuestras alegres corridas de toros donde mueren cabalgaduras que se están muriendo y lo explicábamos como resto de barbarie musulmana, sin sospechar que las selectas naciones civilizadas habían de llevar, no caballos, sino esclavos, al sacrificio...; nosotros

no sabíamos que el fin de la cultura era matar hombres para disputarse el látigo bárbaro y cruel. Habíamos olvidado que un gran inglés, Carlyle, dijo: «El ideal de la civilización moderna es hacer dinero».

¡Lástima de tiempo que han perdido los tratadistas de Derecho internacional, los conferenciantes de la paz, los que predicaban el humanitarismo, la patria-tierra y el derecho a la vida!...

Cultivemos, pues, la santa poesía; y no se diga que no están los tiempos para cantar.

El travador nacional, el del romance del pueblo no se produce, es verdad, en épocas de tan bajo relieve como ésta, pero surge la elegía, la más alta forma de la poesía, penetrada de aquellas «melancolías y desabrimientos» que amargaron los últimos días del Hidalgo.

Existe, es verdad, algo unánime en toda la nación, y ese algo es el miedo a la muerte definitiva, pero éste tampoco gusta de cantar altas y sonoras estrofas, sino todo lo más un canturreo para espantarlo... y así sale la canción.

Nuestro miedo no es siquiera trágico, es sencillamente el de quien, pobre y apaleado, no tiene ánimo para alzar la vista ni levantar la voz. Al fin y al cabo, ni aquí sacudió nuestros nervios una revolución asoladora, ni nos hicieron lo que a Bélgica; nos sustrajeron algo que no sabíamos dirigir ni explotar, eso fué todo; y por eso caímos en el surco y no en el abismo, y por eso es en vano esperar un gran poeta que no encontrara en esta situación roca para alzar el vuelo.

Ello es también un reflejo de la general disminución de las figuras: no hay grandes poetas donde no hay grandes hombres.

Pero la poesía es subjetiva, la que cada cual

lleva dentro, esa no depende de situaciones colectivas, ni tiene la menor relación con los valores del mercado; esa busca en la naturaleza flores y las encuentra siempre.

La poesía que quiere ánimo sosegado huyó hace tiempo al campo y en él hay que buscarla.

Yo te invito, lector, a recorrer conmigo en estas páginas un alto y bello paisaje, iluminado desde arriba, más que por el sol, por la leyenda y el misterio.

Es la montaña.

En esta bella provincia de León, la más varia y pintoresca, la que guarda en el Vierzo rayos de luz meridional y en los altos de los puertos perenne nieve, hay panoramas insuperables que se ofrecen al buen gusto de los poetas y al oro de los turistas, a los que quieren recrear los ojos y a los que pasean por el mundo la pena de haber nacido ricos.

Esta montaña es el país de los ensueños; sus peñas bravas rocían de alegría las clásicas severidades pirenaicas, sus ríos ríen y sus praderas jamás se marchitaron bajo un sol más luz que fuego, con un cielo que es una turquesa.

¡Las hoces de Vegacervera!

Viene el Torío—un río saltador y bullicioso—en cauce profundo de peñasco vivo que la transparencia deja ver, en graciosa curva apretada por la roca que de vez en cuando se derrumba en bloques que alteran, de año en año, la silueta de la corriente.

A las veces el bloque corta el río que remansando el agua en profundo pozo, inquietador y misterioso, salta luego y es de ver la algazara con que cae en lluvia blanca, para seguir su marcha camino de las tierras llanas, del Esla cauda-

loso. Dos macizos ingentes de esa peña caliza blanca é inmaculada, que por paradoja tiene entraña de carbón, dos altísimas moles marcan el cauce del río, se elevan al cielo y en curva interminable, cierran las hoces de Vegacervera, hasta salir en Cármenes á una vega luminosa y floreciente, para de nuevo subir por los Pontedos al puerto de Piedrafitia, á buscar la gran cordillera asturiana.

El viajero, al salir de Vegacervera—un pueblo risueño en campo verde y ameno, con casitas alegres y aire de querer vivir—no sospecha que poco más allá se ha de encontrar, en plenas hoces, en el corazón solemne de una montaña arquitectónica, trágicamente solitaria y silenciosa.

Es una escena wagneriana.

Cerrado el horizonte allá arriba por la peña gigante, blanca, severa como un templo, y allá abajo el río sombreado por la profundidad del cauce, deteniendo su corriente ante la majestad del cuadro.

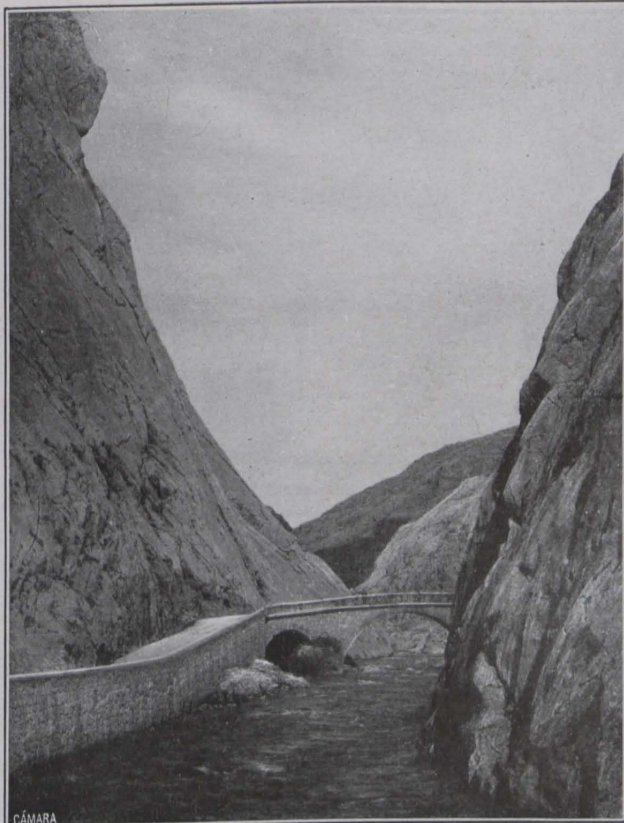
De frente los ojos sólo ven el circo de la montaña eterna, callada, melancólica; la luz de un sol que no tiene crepúsculo llega á la hondura con trabajo, sin durezas de entonación, sin brillantes, y todo se baña y se disuelve en un suave color propicio á la inquietud.

En lo más alto la piedra ha formado una estatua: un monje orante, que parece enseñar al viajero la lección de la austeridad; en lo más profundo el agua brota silenciosa de una sima que las gentes llaman «el pozo del infierno».

Siempre he soñado, en estas hoces espléndidas, magníficas, con romper el silencio en noche de verano para que allí entonara una orquesta gigante páginas de *Parsifal*.

Hay algo religioso en esta montaña.

Los mozos, aun cuando van de fiesta en fiesta en tiempo de amores y lujurias, no cantan en las hoces; los destemplados toques de la bocina del



En las hoces de Vegacervera

autómovil son repetidos, como con escándalo y protesta, por el eco... «¡como una blasfemia entre una oración!» El misterio se agranda ante la boca negra, siniestra de las cuevas que en la roca abrió el tiempo; viven en ellas las sombras de los siglos y en las sombras sólo prospera la flor trágica, la leyenda de la mala ventura, el cuento de pastores, la poesía del terror, acaso la más hondamente popular y, desde luego, la más humana ante la imperiosa grandeza de la montaña.

El núcleo de la fábula es acaso el mismo en todas partes. El pastor que os cuenta la leyenda no sabe bien si la ha soñado ó la ha oído contar. Era, allá en tiempos remotos de los moros ó antes quizá, cuando una dama misteriosa, ¡quién sabe por qué pecados ó virtudes...!, ¡quién sabe si por amores ó por odios, pero eternos, insaciables...!, una dama misteriosa, errante como una sombra, como una ráfaga, quedó vagando por la montaña; ella sabe los ocultos precipicios, las recónditas cuevas á las que nadie vió el fin; y como la dama becqueriana á veces se hunde en lo profundo de las aguas: los pastores que la vieron cuentan y no acaban de su gloriosa hermosura y del gesto trágico con que desafía las tempestades alzando en lo más erguido de un peñasco su gallarda gentileza, iluminada por el rayo que refleja en sus ojos, en sus lágrimas, toda la braveza de la tormenta, acaso no comparable á la de su alma enigmática. El pastor no leyó á Eschilo ni oyó hablar de Clytemnestra, que clavaba sus ojos en el horizonte por ser una luz ansiosamente esperada... Clytemnestra, que había de morir á manos de su hijo..., no sabe de las doncellas que llevaban en silencio libaciones al túmulo de Agamemnón..., no conoce la *Orestíada*..., no sabe que su fábula es

digna del teatro griego y de las fiestas sacras, y que su montaña tiene toda la belleza clásica.—MARIANO D. BERRUETA



La montaña nevada



HÚSARES INGLESES EN EL "CARROUSEL" ORGANIZADO RECIENTEMENTE EN EL "OLYMPIA" A BENEFICIO DE LOS HERIDOS DE LA GUERRA

LA MODA FEMENINA

NADA hay más interesante, para nosotras, que los niños.

Ninguna mujer existe, ya sea joven ó vieja, casada ó viuda, soltera por gusto ó por... disgusto, y muchas hay, por desgracia para ellas, de estas últimas, que no sienta, en presencia de los niños, un vivo anhelo por abrazarlos, por tenerlos sobre las rodillas, por sentir bajo el calor de sus besos la suavidad de la piel infantil que es blanda y suave como el terciopelo.

Es claro, que por lo mismo que son delicadeza y bondad, por lo mismo que son sencillos é ingenuos, se adaptan más bien á nosotras y sienten más viva su simpatía por nosotras que por el masculino recio, brusco é incapaz de las percepciones sutiles y exquisitas del sentimiento, que constituyen nuestra idiosincrasia peculiar.

Sin embargo, frente á un niño alegre y risueño que lleva en la redonda carita sonrosada el tesoro de su inocencia, que deja escapar por entre la grana de sus labios la pintoresca jerga de sus balbuceos, de sus graciosísimos contrasentidos y de sus preguntas indiscretas y muy comprometedoras á veces, el carácter más inflexible se torna dúctil y condescen-

mientos, sin recargo ni absoluta escasez de adornos y acomodadas siempre, aunque parezca exagerado, á su condición é inclinaciones.

Un criterio igual ha de presidir á todo lo que guarde relación con la moda infantil en lo que se refiere al complemento de los trajes. Sombreros, calzado, medias, han de responder á un tono de color semejante, y si es posible igual.

Hasta el peinado es interesante y digno de cuidadosa atención, y aunque en realidad no se presta á muchas complicaciones, se cae fácilmente en extremos de mal gusto, que conviene prever y evitar.

Es tan grato, tan subyugador y tan amable un niño bien vestido, sin exageraciones ni alardes reveladores de sensibilidades deplorables, que bien merece que robemos algún tiempo á la preocupación egoísta de nuestras modas para dedicarlo exclusivamente al mejor arreglo de la dichosa chiquillería.

Y después de bien limpios y delicadamente perfumados, después de adornados preciosamente como muñecos, sintamos el placer de abrazarlos, de estrecharlos contra el corazón, de comerlos á besos entre un desgrane de risas que sean como una bella sinfonía de amores y de felicidad.—ROSALINDA



diente y la más grande seriedad tiene que rendirse á discreción.

Los niños dominan con el dominio deseable del amor, con la fuerza invencible de su debilidad y de su gracia candorosa.

Preocuparnos de ellos, procurarles todas las satisfacciones posibles en pago siquiera de las muchas que ellos nos proporcionan, debe ser para nosotras una obligación de las más sagradas de nuestra vida.

¡Y habíamos de venir á parar á la Moda! ¿Pero qué alegría más grande para un niño que la que le produce el estreno de sus ropitas y de sus zapatos, ni qué impresión pueden recibir más duradera ni más grata?

¿No habéis visto el orgullo con que os enseñan las botitas relucientes, los lazos impecables ó los encajes de sus vestidos nuevos? ¿Y cómo brilla en sus ojos el contento y juega en la lozanía de su boca la miel de una sonrisa?

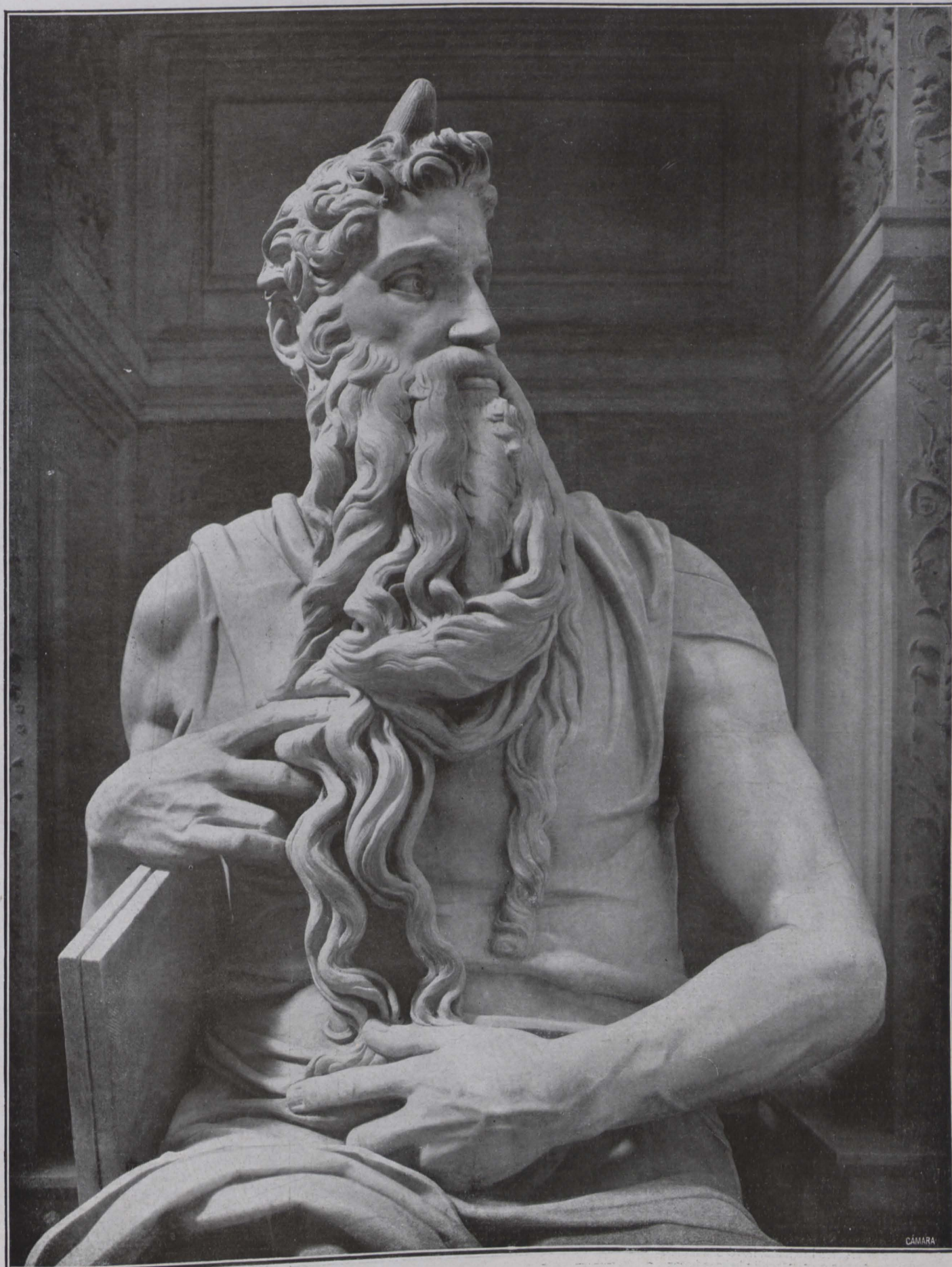
Pues ideemos lo más bonito, lo más delicado, lo más artísticamente sencillo para las toilettes infantiles. Pero vistámoslos bien, por Dios, que no hay nada más desgraciado que un niño sujeto al gusto perverso de esas madres que en punto á indumentaria infantil confunden lastimosamente al pobre niño que tuvo la desgracia de pertenecerles con un mono del Retiro.

Las ropas de los niños deben ser blancas como sus almas puras; vaporosas, aéreas, delicadas, como ellos



LA ESFERA

ESCULTURAS CÉLEBRES



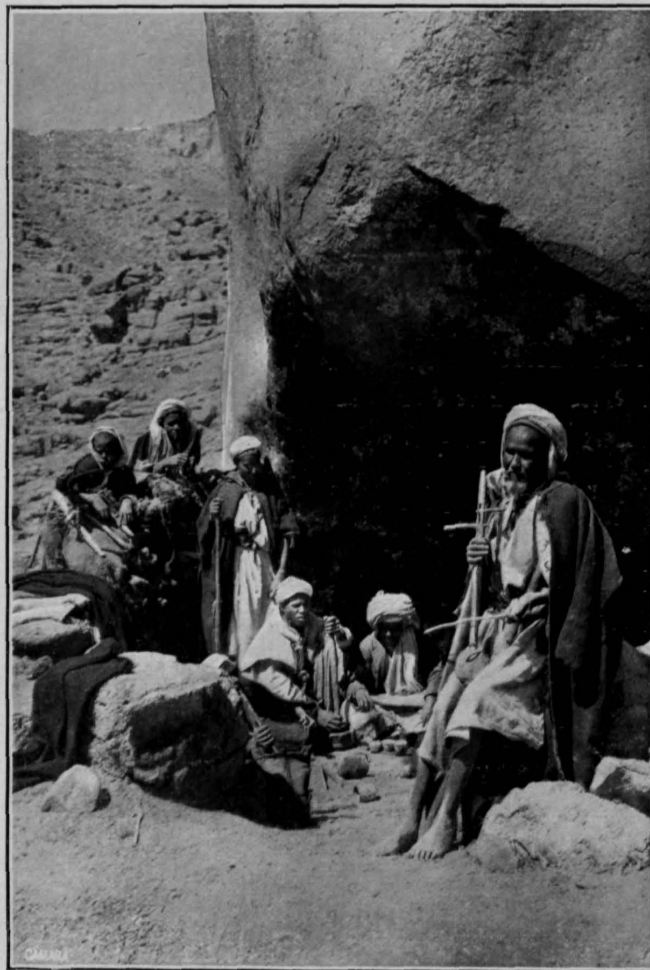
MOISÈS

Fragmento de la escultura de Miguel Angel, que se conserva en el Vaticano

EL MONTE SINAI



Una de las famosas fuentes llamadas de Moisés, en el Sinaí



Beduino ciego, que ha vivido en una cueva del Sinaí durante cuarenta años

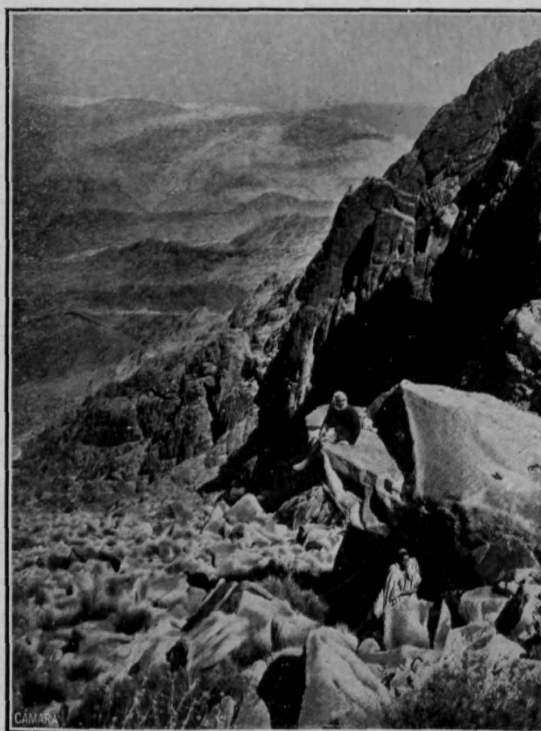
El ejército turco, en armas contra los ingleses, en sus propósitos de invadir el Egipto, bordeará los montes del Sinaí para evitar el paso por el Desierto. Esta noticia ha de evocar en la mente de los cristianos antiguos hechos memorables. En uno de aquellos escarpados montes, cuyas más elevadas crestas alcanzan una altura de más de 2.600 metros, en el Ras Sufsafeh, indudablemente, si hemos de dar crédito a las más razonables observaciones, fué donde Moisés mostró a los israelitas expulsados de los dominios faraónicos, las tablas de la Ley escrita por el dedo de Dios.

Como las huestes del Rey de Egipto, mil y quinientos años antes de nuestra era, marcharon en persecución de los hebreos con el propósito de exterminarlos de orden del Faraón, lánzase los turcos con ansias aniquiladoras por las santas tierras egipcias, y esta analogía de hechos entre los que media un espacio de tiempo de más de treinta siglos, hace volver los ojos hacia la leyenda bíblica, tan íntimamente relacionada con la institución del Cristianismo, y por ende tan interesante para los pueblos que comulgan en la fe del Crucificado.

ooo

Evoquemos someramente aquellos días y aquellos memorables hechos.

No pudiendo lograr el rey de Egipto la extinción de la raza israelita, por virtud de las bárbaras disposiciones que le dictaron sus cruces instintos, llevó sus anhelos de acabar con la familia hebrea hasta el extremo de ordenar a sus súbditos que arrojaran a las aguas del Nilo a todos los



Montañas del Sinaí, cerca de la desolada región de Sin, camino que seguirá el Ejército turco en su marcha hacia Egipto para evitar el paso por el Desierto

varones que nacieran de padres israelitas. Un matrimonio descendiente de la tribu de Leví, al que naciera un hijo pocos días después de dictada aquella inicua orden, pudo sustraer al pequeño a las iras del soberano escondiéndolo en el más apartado rincón de la vivienda; pero temerosos de que las inquisitoriales pesquisas de los encargados de la infantil persecución llegaran a descubrir al niño y fuera éste condenado a morir como todos los varones recién nacidos, aquellos padres resolvieron simular un prodigio. En una cesta que impermeabilizaron con betún y pez metieron al infante, y poniendo la improvisada embarcación en las aguas del Nilo, dejáronla que se deslizara por la corriente. Hízose esto a la hora en que la hija del Faraón solía pasear por las orillas del río acompañada de las damas de su corte; y ocurrió lo que previsto habían los padres del pequeño y lo que ansiosamente esperaban. Así que ante los asombrados ojos de la princesa apareció flotando sobre las aguas la cestilla, mandó a una de sus servidoras que la alcanzase, y destapada que fué y vista la criatura que en su fondo se debatía llorosa, dispuso, compadecida del tierno infante, que fuera trasladado a palacio. Cuenta la historia que una hermana del pequeño, que, aleccionada por sus padres observaba escondida el resultado de la maniobra, apresuróse a presentarse en el oportuno momento para ofrecer a la princesa los oficios de una mujer hebrea que amamantase al niño, y que aceptada la oferta por la hija del Faraón, no tardó en volver la criatura a los amantes brazos de su madre que con tanto anhelo esperaba y a la que le fué con-

fiada la crianza del pequeñuelo tan misteriosamente aparecido. La hija del Rey de Egipto, que no había dejado de velar por su hijo adoptivo, lo reclamó al considerar innecesarios los cuidados de la mujer que lo criara y le puso por nombre Moisés.

Educado en las ciencias de los egipcios, llegó a ser un varón poderoso, pero conocedor de su origen, sintió deseos de visitar a sus hermanos, los hijos de Israel, y marchó de la corte con este propósito. Por haber matado a un egipcio en defensa de un hebreo a quien maltrataba el súbdito de Faraón, no sólo no pudo volver a palacio, sino que, considerándose en peligro, huyó a Median, donde contrajo matrimonio con una de las hijas del sacerdote Jetró, llamada Séfora, de la que tuvo dos hijos.

Muchos años más tarde, encontrándose un día en el monte Horeb, apareciósele el Señor entre una llama que parecía salir de unos zarzales. Díjole Dios que había visto las tribulaciones que padecían los hebreos en las tierras egipcias y que había dispuesto que fuera él quien libertara a su pueblo de la opresión y la amargura, haciéndole trasladarse de aquel país a otro en que la felicidad le sonreiría. Cumpliendo este mandato, marchó Moisés a Egipto, pero no pudiendo lograr del soberano el propósito que le guiaba, ni aun por virtud de los amenazadores milagros que a presencia del pueblo realizó, hubo de conminarle con la inmediata muerte de todos los primogénitos de Egipto, comenzando por el del propio Rey, y como ni aun esto le intimidara, fué preciso que la amenaza se cumpliera para que el Faraón expulsara del territorio a los hebreos, dejándoles salir con sus ganados.

En número de 600.000 salieron de Rameses con dirección a Socot los hijos de Israel guiados por una nube luminosa en que el Señor se les mostraba para indicarles el camino que había de conducirlos a la tierra prometida. Hallándose acampados en Fihahiro, cerca del Mar Rojo, vieron que venían en su seguimiento las tropas faraónicas, y no teniendo otro camino que el de las procelosas aguas para librarse de la muerte, Moisés operó el milagro, extendiendo la mano sobre el mar, de que éste se abriera en ancha calle, como contenido su caudal insondable, a uno y otro lado por pétreas murallas, permitiendo que los israelitas lo franquearan sin peligro y haciendo que nuevamente se unieran las aguas cuando las tropas egipcias, en seguimiento de los hebreos, llegaron a aquel punto, en el que perecieron ahogados los súbditos de Faraón sin que uno sólo se salvara.

Uno de los más grandes monumentos de la poesía semita es el cántico que en acción de gracias al Hacedor por haberle permitido

efectuar tan asombroso hecho, compuso Moisés con este motivo.

Cuando los hijos de Israel llegaron a Sinaí, no sin que antes hubiera dado el profeta muestras tan numerosas como evidentes de su poder sobrenatural, tales como las de endulzar las amargas aguas del Mara para que los hebreos pudieran apagar su sed, y la de la derrota infligida a los amalecitas que se presentaron en son de guerra y cuyas huestes quedaron exterminadas por virtud del hecho de haber elevado Moisés sus brazos al cielo en demanda del favor divino, y después de otras muchas demostraciones igualmente indudables de que poseía el don de los milagros, operóse el que había de ser de mayor transcendencia para los futuros destinos de la humanidad.

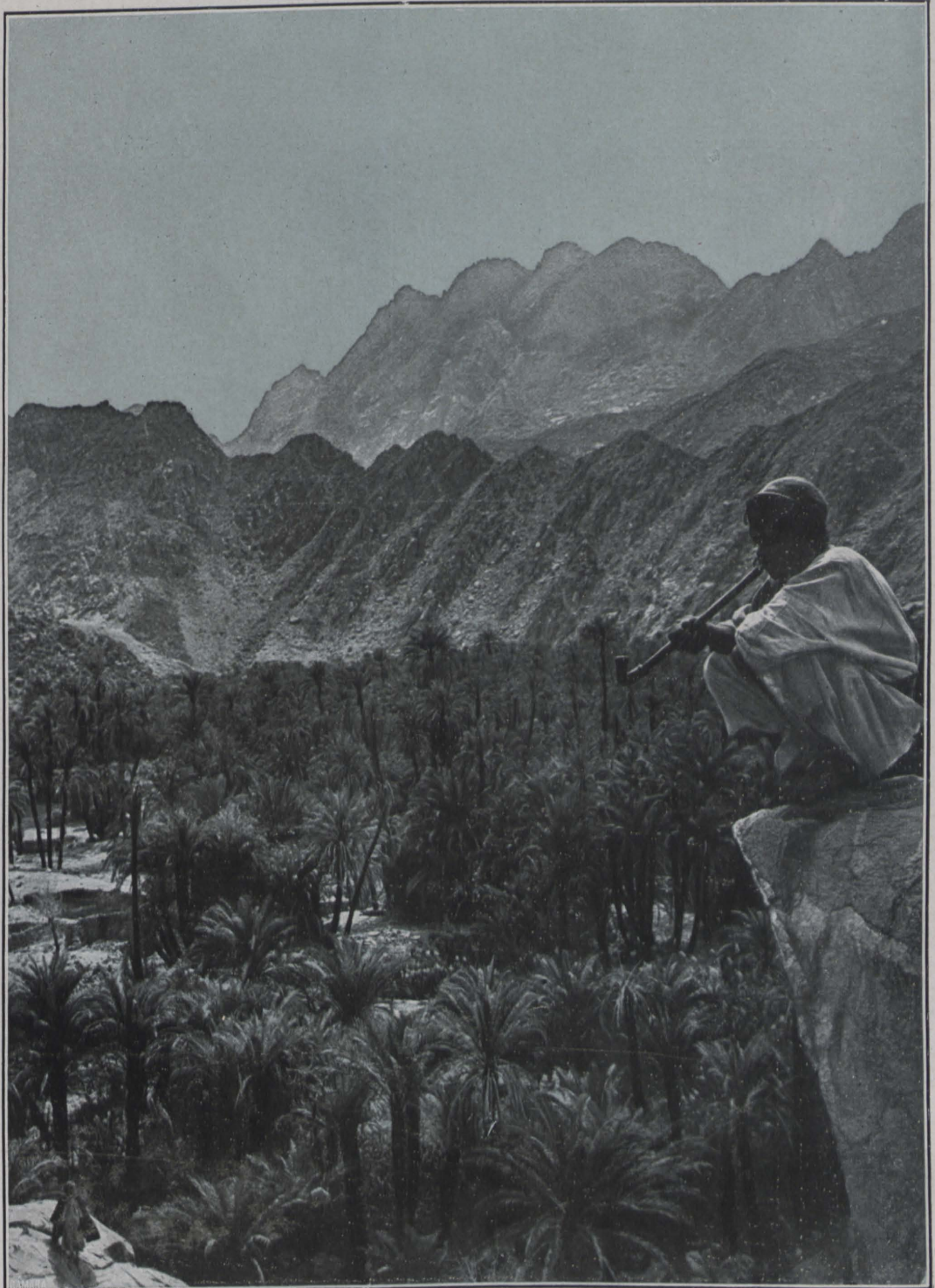
Moisés subió a la montaña ordenando al pueblo que se santificase para recibir la Ley de Dios, cuya majestad había de aparecerseles en

el monte, como así se efectuó ante los asombrados ojos de los hebreos, para los que desde entonces fué absolutamente indudable el poder milagroso del profeta que había de morir en Jericó mucho tiempo después, a la edad de ciento veinte años. Promulgada la Ley, permaneció Moisés cuarenta días en la santa Montaña, en cuyo tiempo recibió la orden divina de edificar un santuario.

ooo

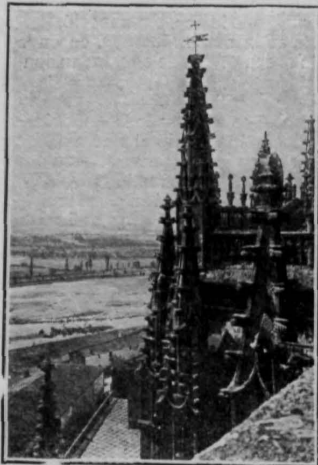
Cuando muchos años más tarde Jesús, acompañado de sus discípulos, subió al monte Tabor para transfigurarse en su presencia, ante los asombrados ojos de Pedro, Santiago y Juan, aparecióse también Moisés, quien proclamó al Maestro como el enviado de Dios, profetizando los dolores que sufriría en el Calvario y el triunfo de su santa doctrina, sobre la que había de fundamentarse el Cristianismo.

JUAN BALAGUER



Uno de los grandes oasis en el valle de Firan, en la desolada región del Sinaí

LA CATEDRAL DE PLASENCIA



Las agujas de la Catedral de Plasencia

PLASENCIA! Todo en este inmenso poblachón con honores de Ciudad, habla de épocas legendarias. Su alcázar, denominado *La Fortaleza*, sus altísimos muros y torreones, medio destruidos por la acción imborrable del tiempo, sus enormes y vetustos palacios, de blasonados escudos, el terreno, escabroso é irregular, sus callejas, estrechas y tortuosas y hasta el ambiente severo y apacible, traen á nuestra imaginación el recuerdo de tiempos lejanos.

Sólo alguna que otra edificación de moderna arquitectura pone en esta población de histórico abo- lengo, una nota agradable. Hasta los naturales del pueblo parece que tienen interés en conservar el carácter arcaico de Plasencia.

No escucharéis jamás una voz disonante, ni un grito estridente. Todo es allí tranquilo, apacible, severo. De vez en vez, las bronceas campanas de las distintas parroquias, turban el silencio reinante y después de esparcir por el monte y por el llano su bronco y dolorido acento, callan de nuevo y la quietud y el reposo vuelven á imperar.

La fundación de Plasencia atribúyese al rey Don Alfonso VIII, y los muros levantados cuando finaba el siglo XII, y de los cuales restan todavía trozos muy principales, fueron levantados, según los historiadores, por los hermanos Paniaguas que vinieron del reino de León y fueron los primeros pobladores de esta Ciudad. Eran estos Paniaguas, tres hermanos y su escudo de armas, puesto en la muralla, evidencia que se colocó allí cuando ésta se construyó, allá por los años 1198 y 1199, á raíz de haberla reconquistado de los moros, cuando la tomó Abent-Jucef, después de diez y siete años de su fundación.

Cuenta esta histórica y antiquísima ciudad con magníficos templos, cual son los de el Salvador, San Nicolás, San Juan Bautista y algún otro que no recordamos, pero lo verdaderamente admirable de Plasencia es la hermosa Catedral, que se yergue majestuosa



Retablo del altar mayor de la Catedral de Plasencia

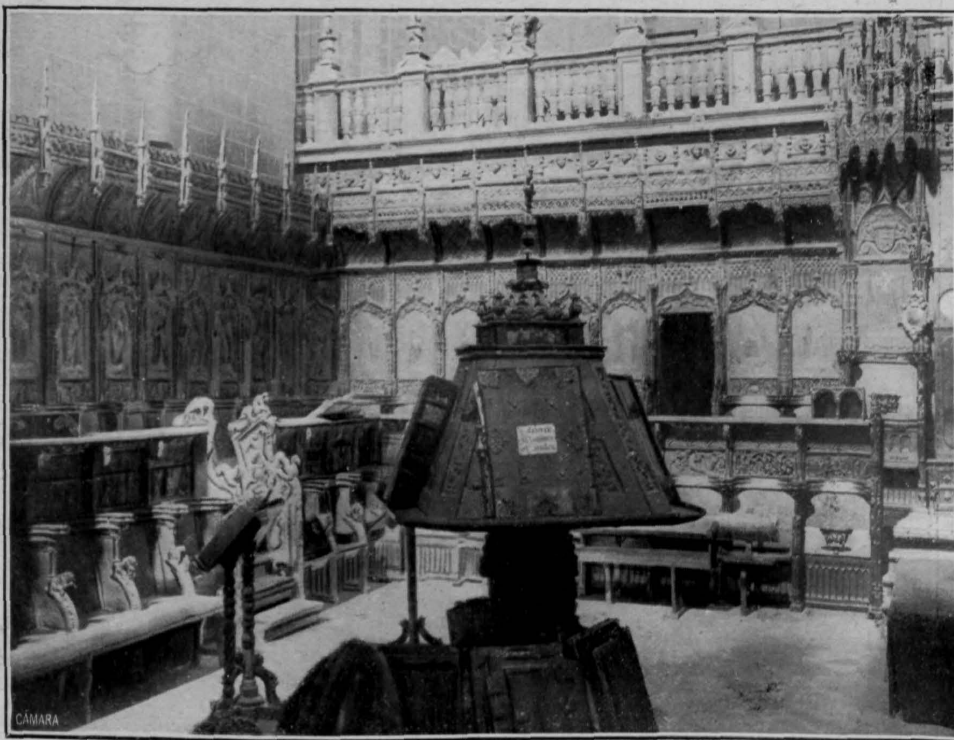
tante que desear. Divídese esta portada en cuatro órdenes de columnas y tiene en los costados otros tantos salientes que rematan en elevadas agujas. El alto relieve y la escultura dominan en esta portada.

Interiormente, la gran nave principal encuéntrase aislada de las dos pequeñas laterales, por tres hermosos pilares, de gran esbeltez y de figura de palma, que en los arranques de la bóveda forman un primoroso ramedo.

La iglesia y la capilla mayor están circundadas por un ándito, cuyo gracioso antepecho tiene incrustados medallones. Los muros tienen veintiuna ventanas y adosadas á ellos hay gran número de estatuas y hornacinas.

Compónese el inmenso altar mayor de tres cuerpos de arquitectura, con veinte columnas de orden corintio y, en el centro, destaca un admirable grupo de la Asunción, de colosal tamaño. Es asimismo digno de admiración el precioso tabernáculo, integrado por dos cuerpos y con columnas pareadas de estilo jónico y corintio; no son menos admirables la sillería del coro y la reja que le cierra. La Catedral de Plasencia, descrita en este artículo á grandes rasgos, es de las más hermosas de España.

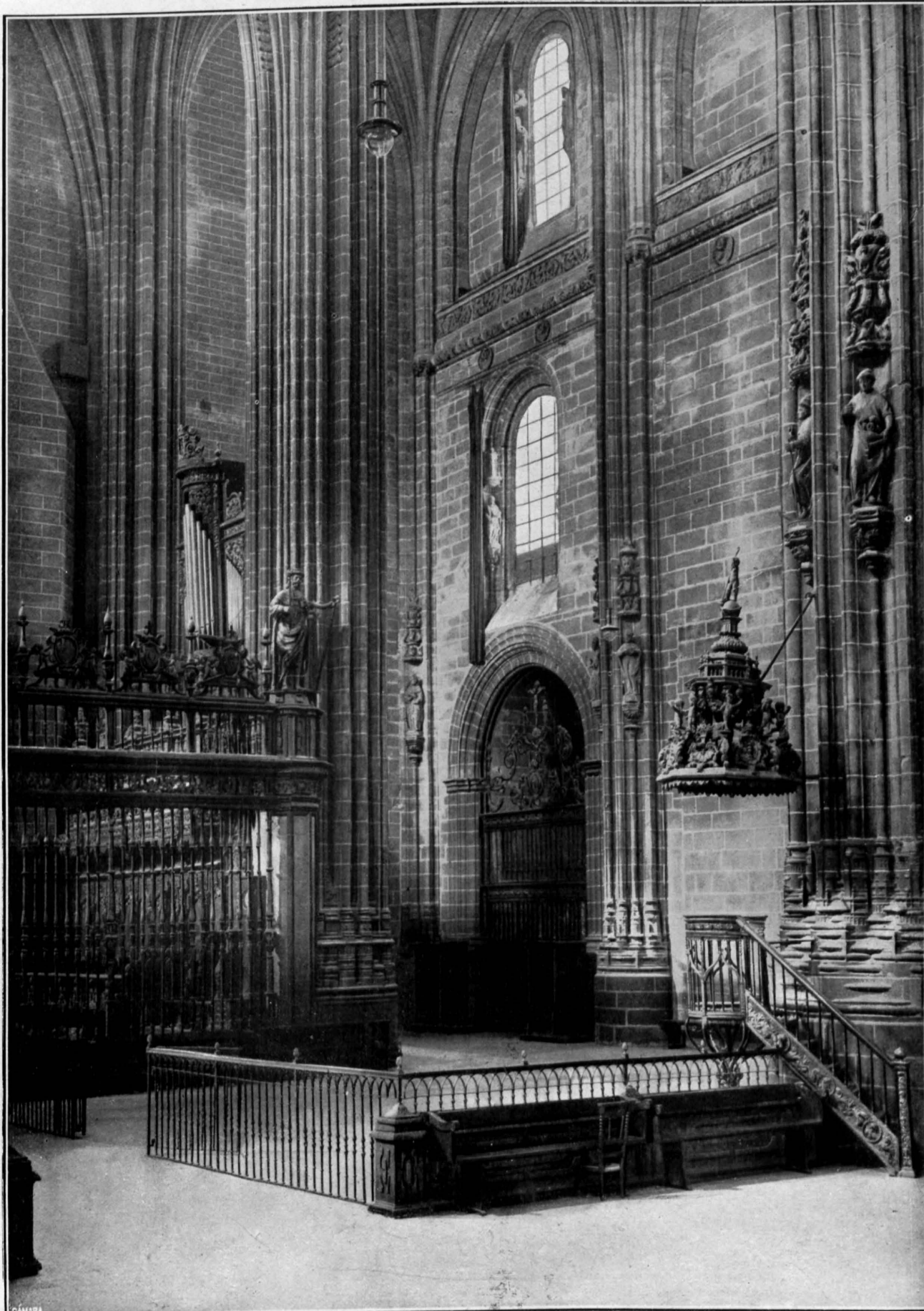
Luis GONZALEZ



Coro de la Catedral de Plasencia

FOTS. LÓPEZ BEAUBÉ

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



CÁMARA

DETALLE DE LA NAVE PRINCIPAL DE LA CATEDRAL DE PLASENCIA FOT. LÓPEZ BEAUBÉ

ANA GRAZIELLA

Acababas de llorar...
Y eran tus claros ojuelos,
dos fragantes asfodelos
después de un baño en el mar.

Y cuando la calma vino
á tu semblante risueño,
tu mirada era un ensueño
dorado del Perugino.

Tu mirada es celestial
porque de un vuelo gentil,
te hundiste en el cielo añil
un día primaveral.

Tu mirada es de hidromiel,
porque una tarde estival
te dormiste en un rosal
lleno de rocío y miel.

Lánguida napolitana
que ahora empiezas á soñar;
yo á tu lado siento gana
de reír y de llorar.

Son tus ojos mariposas
y su aleteo sutil,
desata las blancas rosas
de mi extenuado pensil.

En mis ilusiones, vaga
tu perfil suave y radioso.
Como un vino generoso
tu dulce nombre me embriaga.

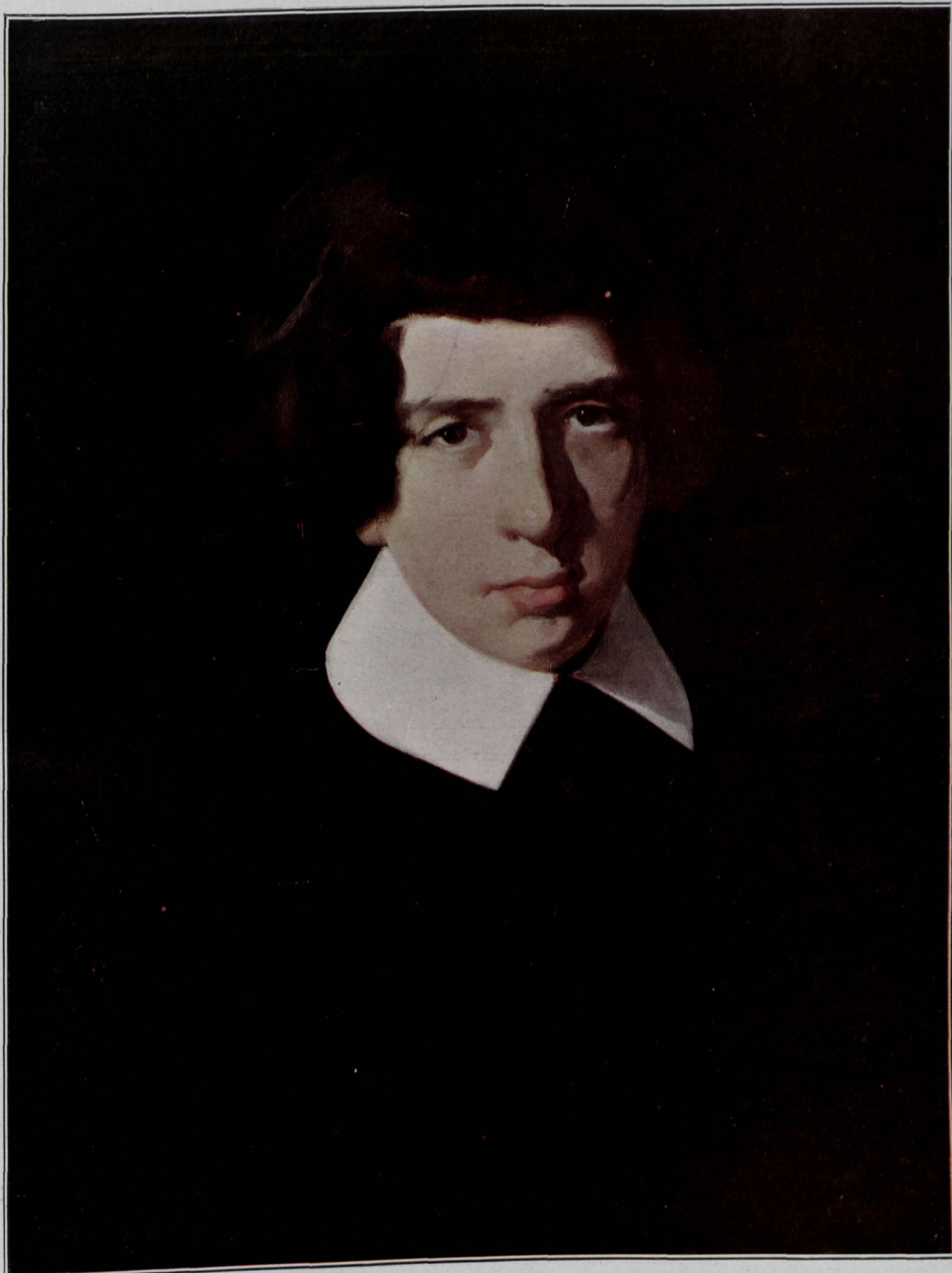
Vibra en tí el hada Armonía,
como vibra en el violín
la encantada brujería
de un nocturno de Chopín.

JULIO HUICI MIRANDA

FOTOGRAFÍA DE FRANZEN



ARTISTAS CÉLEBRES



PEPITO ARRIOLA

Retrato del insigne pianista, pintado por Vila Prades



EL PROBLEMA DE LA ALHAMBRA NUEVAS EXCAVACIONES Y RESTAURACIONES



La Torre de los Picos y la Puerta de Hierro antes de la restauración

Cuando yo niño, era la Alhambra un monumento definitivo y melancólico. Las torres caducas de rojiza entonación, paramentadas de yedra, se destacaban sobre árboles centenarios. Entre las ruinas, había hermosos jardines, de traza laberíntica, con escondrijos, bóvedas de umbrosa verdura, glorietas de ciprés que olían a siglos, pasillos bordeados de arrayán o de boj. En el centro de alguna encrucijada borboteaba una fuente verdinosa y resquebrajada, y de vez en cuando, un naranjo muy antiguo elevaba al azul sus frutos de oro, como ofrendas.

Al Alcázar Nazarí se llegaba atravesando el célebre bosque, cuyo aliento de pozo os recibía una vez traspuesta la puerta de la Justicia. Visitaban los viajeros varias salas del palacio árabe, contemplaban los panoramas de Granada y de la Vega, subían a la Torre de la Vela, y de pasada veían la del Secano.

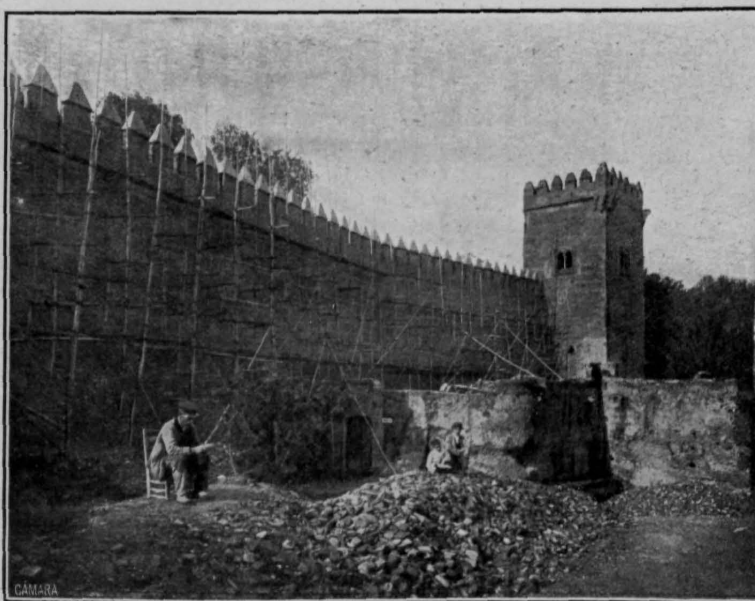
Después regresaban a la plaza de los Algibes, admiraban a Chorro é Jumo, aquel pintoresco rey de los gitanos, que encarnaba la tradición vista a través de Dumas ó de Gautier, y regresaban a la ciudad.

La Alhambra quedaba en la memoria como un lugar de poesía y añoranzas. Pero nadie nos proponíamos el pro-

blema. Nosotros habíamos conocido así la Alhambra, luego así debió ser siempre. Sin embargo, una cuestión apasionante dormía bajo la tierra. ¿Cómo era la Alhambra en tiempo de los árabes? ¿Qué maravillas habían sido destruidas y cuáles yacen todavía sepultadas bajo piedras, tierra

y matorrales? ¿En la busca de esas reliquias qué método debía seguirse? La Alhambra no se edificó de una sola vez, sino en varios siglos, y no fueron únicamente los moros quienes, enamorados de la colina roja, la ornaron de palacios. Los reconquistadores construyeron también y modificaron a su antojo.

Hubo quien pensó que debía tenderse a descubrir lo puramente árabe, podándolo de cuanto el arte cristiano había depositado sobre él; pero olvidaban los partidarios de esta tesis que la Alhambra había recibido de él preseas tales, que privarlas de ellas fuera insigne pecado de vandalismo, y que el tiempo, al fundir clemente todo el conjunto en una gama armónica, rojizo dorada, y tejer palios de verdor sobre las torres, ha creado una obra de poesía y de belleza, incomparable. El criterio, pues, que debía imperar en los trabajos de la Alhambra se basaría en el respeto de todo lo histórico consagrado y de todo lo bello. Un Patro-



Estado actual de la Torre de los Picos y de la Puerta de Hierro

nato, cuyo presidente era el señor Osma, y del que forman parte, entre otras personalidades, Gómez Moreno, Diego Marín, Manuel Segura, Modesto Cendoya, Martínez de Victoria, Velázquez, Elías Tormo y el Marqués de Vega Inclán, dirigiría las obras.

Ahora la Alhambra está removida por muchos siglos. Se advierte que un celo tenaz ha pasado por allí y ha puesto al descubierto los problemas que antes seesteaban bajo el suelo. La mayoría de las excavaciones se deben a don Modesto Cendoya, arquitecto que también ha realizado una labor importantísima saneando los cimientos del monumento.

Podemos comprender ya la Alhambra, no como antes, conjunto de palacios y torres sin coordinación, sino como enorme fortaleza medioeval, que guarda en su corazón palacios encantados.

Un camino de ronda que unía parte del recinto murado, surgió de la maleza y del cascajo. Hoy se puede adivinar a los grupos de caballeros armados, de soldados y patrullas que, a pie ó a caballo, recorrían sin tregua el subterráneo. Un andén corre paralelo por lo alto de la muralla, sin duda para prevenir sorpresas. El camino de ronda hundido entre muros que el líquen y el musgo tapizan, con su suelo de piedras gastadas y sus arcos rotos, de sillares dislocados entre los que crecen alguna higuera ó un zarzal es de mucha evocación. El alto domina los paisajes del Darro y el Genil. Constituye un paseo de kilómetro y medio entre las vistas más hermosas de la tierra.

Al pie de la Torre de los Picos se ha descubierto un baluarte que ampara aquella parte de la muralla, correspondiente a los últimos tiempos de la dominación árabe. Y del lado de las fondas se ha desenterrado la célebre puerta de Siete Suelos.

Hasta aquí sólo plácemes merecería lo hecho; pero hacia el Darro se han ido un poco de la mano los entusiasmos restauradores, levantando sobre los restos de la muralla primitiva un espléndido paredón, almenado y flamante, que está pidiendo a voces un mortero del 42. Mi voto sincero se suma a los enemigos de aquel muro, que son muchos, y deseo ardientemente que se realicen pronto los propósitos de semidestruirlo, tirando unas almenas, desmoronando otras y ennegreciendo y arañando la lisura de la pared y entregándola otra vez a sus amigos naturales; las hierbas y los lagartos.

Otros errores de menos monta han sido, a mi modo de ver, la corta de unos naranjos y nísperos muy viejos, en el patio de la Alberca, la supresión de ciertos cipreses, de línea elegantísima, que montaban guardia junto a la Torre de la Justicia y de boscajes amenísimos que ofrecían solaz y frescura.

Mas volvamos a lo grato y tratemos siempre de poner la balanza en el fiel. Cendoya ha tenido un gran acierto en plantear la restauración



Puerta de Siete Suelos, recientemente descombrada



Una puerta de la Alhambra, recientemente excavada

de la Torre de las Damas. Esto es harina de otro costal. La Torre de las Damas fué durante largo tiempo propiedad de particulares que a su gusto y sabor la destruyeron. Sólo recientemente vino a manos del Estado en la situación lastimosa del hijo pródigo.

El prodigioso artesonado de su mirador había emigrado, grosera capa de cal cubría los alicatados, la esbelta línea de sus cinco arcos que en tiempos felices abrían sobre el jardín estaba rota, cegados aquellos a cal y canto, la alberca que debiera espejar en reproducción de ensueño la galería, apareció rellena de tierra y matorrales. Unos tapias sórdidos aislaban la torre de su vecina la Mezquita, hermana gemela en profanaciones.

Cendoya pensó muy cuerdamente en sus días de árbitro, que aquellos dos edificios no podían continuar en un tan triste y grotesco estado.

Limpió el estanque, sacó a la luz unas pinturas murales de enorme valor arqueológico que esclarecen la indumentaria árabe en el siglo xv, rehizo las columnas de la galería, encontró alguno de los cancellos que habían sujetado el alero volado, dibujos auténticos de las labores que adornaban el interior y el exterior de la torre.

Con todos estos elementos se dispuso a restaurar cuidadosamente el monumento; pero las obras se suspendieron.

Yo quiero romper aquí una lanza por el arreglo de la Torre de las Damas, que tal cual hoy está, constituye una acusación de incuria y de barbarie.

Soy en principio enemigo de restauraciones; pero creo que cuando las ruinas están maltratadas, al punto de no ser reconocibles y se cuenta con elementos auténticos, como sucede en este caso, es preciso reedificar, con mucho tino, eso sí, acoplando los viejos fragmentos en su sitio, construyendo lo destruido sobre modelos de la época, sin aspirar a la superchería. Tal han hecho Venecia con su Campanile y los ingleses con las ruinas de Egipto.

Para que mis lectores se den cuenta del pleito, reproduzco en estas páginas la Torre de las Damas, como está hoy. ¡Qué pocos mantendrán la opinión de conservar el monumento con los terribles paredones de ladrillos que obstruyen los arcos y el tejado recortado!

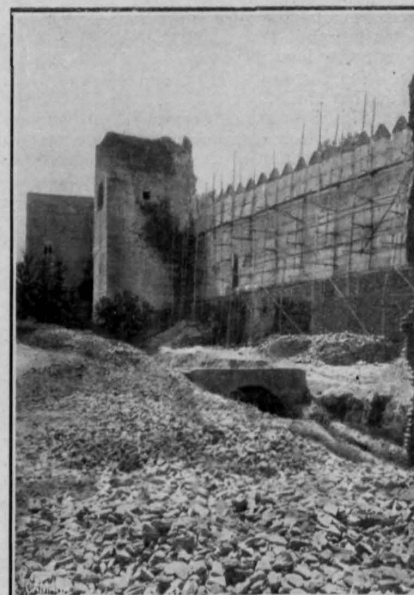
La Torre de las Damas debía estar en conexión con el Alcázar del Sultán por medio de jardines.

Se buscaron las huellas de aquellos pensiles pretéritos y se encontraron. Estaban constituidos por una serie de paratas ó terrazas que desde la cumbre de la colina roja bajaban suavemente hasta el Partal.

Un magnífico pilar, recubierto, de azulejo blanco, ha sido hallado a tres metros de profundidad y una fuente ochavada, de mosaico verde, un poco más alto. Es probable que la próxima primavera florezca ya en esos jardines redivivos y que el agua de las primeras nieves desheladas corra por las fuentes, secas hace más de cuatro siglos.



Torres de la Cautiva e Infantes, antes de la actual restauración



Las torres de la Cautiva después de la restauración sufrida

Una interrogación grave se hacían los eruditos ¿Por dónde se entraba a la Alhambra? Las puertas conocidas parecían insuficientes. Se imponía otra vez el excavar, haciendo suposiciones, deducciones ágiles. Se acabó por dar con una puerta bajo la Torre de la Vela. Otra se conocía ya en la Torre de las Armas. Podrían reconstituirse las primitivas sendas árabes que á ellas conducían. Una venía del Albaicín, pasaba el Darro por el destruido arco de las Chirimías y se encaramaba monte arriba, casi á pico, dominada á enorme altura por torres y murallas. La ascensión por esta ruta será admirable con la visión de una Alhambra grandiosa que crece sobre vuestra cabeza y abajo un paisaje de valle desplegándose con todo el encanto de sus bosquecillos, de sus palacios y conventos, de sus huertos y jardines.

Los moros de la Vega ó aquellos caminantes que venían de Loja, de Iznayoz, de Málaga quizá, trepaban por otra vereda pina que moría á los pies de la Torre de la Vela. Subiendo por estos vericuetos se adivina la vida de revuelta y lucha de unos bandos árabes contra otros, de caballeros abencerrajes y zегries, de la Alhambra con el Albaicín. Las torres están siempre alerta, avizoras, atalayando todos los caminos por donde pudieran llegar en son de guerra y de algarada las gentes enemigas.

Dentro, resguardado por el impulso guerrero de las murallas, está ese palacio de maravillosa decadencia que se conoce con el nombre de Casa Real. Hoy se entra á él por una puertecilla lateral vulgarona y administrativa. El Palacio tenía entrada de gran prestancia, correspondiente al supremo señorío del Alcázar.

Esa entrada era la que actualmente constituye uno de los lados del patio llamado de la Mezquita ó del Mexuar frente á lo que fué capilla en tiempos cristianos. Por esa puerta se llegaba á la Torre de Comares. Ahora se piensa en sustituir el acceso feísimo hecho al palacio en el siglo XVIII por el primitivo, de suerte que el público y los estudiosos puedan dedicar á esta obra de arte única, una visita metódica é instructiva que le recuerde el pasado glorioso de los Nazarís, con sus fiestas refinadas, sus pom-

pas orientales, sus audiencias aparatosas de príncipes y embajadores.

Estos personajes seguidos de opulentas comitivas partían á caballo de los palacios del Albaicín y Cuenca del Darro, subían á la Alhambra por las vías arriba mencionadas, cruzaban las cerradas puertas de la Alcazaba y por lo que hoy es jardín de Machuca, se acercaban á la entrada solemne del palacio real.

Es muy curioso hacer notar que en el techo de una habitación, emplazada sobre el zaguán, se ha descubierto un escondite, escuchadero secreto, desde el cual se oían perfectamente las conversaciones de los magnates reunidos en la saleta, quienes bien ajenos al espionaje hablarían entre sí más de la cuenta.

Observamos que la trampa debió instalarse según opinión de ilustres eruditos, bajo la monarquía de los Católicos Reyes ó de doña Juana, en días de zozobra y conspiración, cuando la morisma urdía conjuras y los vencidos levantaban en armas las Alpujarras. De la saleta pasaban los embajadores al salón del trono, donde el Sultán, rodeado de una corte deslumbrante, daba audiencia á los enviados de los monarcas extranjeros.

En el jardín de Machuca se ha excavado hasta tropezar con el piso primitivo de aquellos lugares, todavía rellenos de cascotes.

El día en que se continúen los trabajos surgirán probablemente de los escombros azulejos, columnas, mosaicos, etc., como ha sucedido siempre que la piqueta mordió esta tierra de civilizaciones muertas y sepultadas.

Recientemente se produjo un hallazgo exquisito. Al limpiar las bases de la Torre de Comares, encontráronse restos preciosos de vajillas árabes que completan nuestra idea de una cultura refinada, preferentemente estética, que suplía con alardes de buen gusto la pobreza de una corte minúscula.

Los vidrios son prodigiosos, de coloraciones y formas que no tienen igual en nada moderno. Los hay como ópalos, otros son de un verde luminoso, aquellos nacarados, este reproduce la fabulosa coloración de una cola de pavo real. Más bellos que gemas, son en realidad joyas singulares.

Desearía hablar un poco del Generalife, palacio de campo de los monarcas granadinos, cuya propiedad ha ganado el Estado á la casa Palavicini de Italia, en primera instancia, después de un pleito larguísimo, sin que hasta la fecha se haya terminado, á pesar de que soplaban vientos de concordia para una transacción oficiosa que otorgaba á España la propiedad definitiva del Generalife.

Esa parte de la Alhambra estaba embellecida con jardines y palacios como los de Darlarosa

y Los Alixares, cuyos restos se ven amontonados entre olivares y tierras de panllevar. Urge que se concluya el litigio y se pueda explorar toda esa región casi desconocida de la Alhambra. El Patronato da gran importancia, razonadamente, á la expropiación de fincas particulares, enclavadas en el Recinto y á la conservación del bosque soberano que cubre la colina. Según se dice los árboles están enfermos y amenazan desplomarse. Hay que poner remedio pronto y ocuparse en evitar esa gran desdicha que se cierne.

Todos los artistas españoles deberían volver sus ojos hacia Granada, la ciudad sin par en historia y hermosura. Allí hay un caudal inmenso de arte, que se puede perder ó falsear con facilidad. Tanto amenazan á la Alhambra los peligros de su vejez como los de restauraciones inoportunas que le roban el prestigio evocatorio y sentimental.

La Alhambra es el recuerdo, la luz de Granada, los árboles patriarcales, los jardines de alma concentrada y tristona, las yedras amigas de los poetas, las aguas vivas que corren pródigas entre mármoles y plantas, como un milagro, los siglos sabedores, ancianos muy barbudos, que salen misteriosamente al encuentro del visitante para decirle consejas y augurios.

Estos abuelos que aman las ruinas y en ellas viven gustosos, huyen espantados para no tornar, ante los revocos ó las pinturas recientes.

Chateaubriand, Washington Irving, Lamartine, Castelar, Martínez de la Rosa, Edmundo de Amicis, Zorrilla vieron á los viejos legendarios y escucharon sus discursos. Yo pido al Patronato de la Alhambra que en nombre de los por venir cuide del monumento, de guardarle su sabor de años y de poesía para evitar que en ronda lamentable vuelen para siempre de la Alhambra las hadas, los gnomos, las princesas cautivas, todos esos pobres seres fantásticos, de existencia tan frágil que pueden ser muertos por un piquetazo ó una paletada de yeso inhábil, y á quienes van quedando ya en el mundo muy pocos refugios de ensueño y de poesía.



Estado actual de la Torre de las Damas



DOÑA URRACA
(De una estampa antigua)

llo de Caín y expoliador detestable, era el rey don Sancho II—cambio de táctica y al cabo de siete meses de riguroso lloqueo consiguió reducir á cuantos se hallaban dentro de la villa—guerreros y gente de paz—á la situación verdaderamente horrible de tener que alimentarse con las alimañas más asquerosas.

Y acaeció que cuando la infanta, para no caer en poder de su hermano, se preparaba á huir, contando hallar asilo al lado de cierto rey moro, cuyos Estados se encontraban al otro lado del Duero, un hombre, llamauado Bellido Dolfos ó Adolfo, se presentó ante ella y con la arrogancia de esos paladines legendarios que en los momentos de mayor peligró acuden al socorro de la hermosura y de la virtud perseguidas, se ofreció á libertarla de su terrible enemigo.

Y la princesa aceptó, y aceptó sabiendo que aquel paladín no había de cumplir su ofrecimiento sin asesinar á don Sancho, á quien ella por bondadosa que fuese no podía amar y al cual, según viejas historias, había amenazado de muerte diciendo al Cid cuando éste fué á visitarla para desempeñar la misión de que antes hablamos:

«Yo mugir so, et bien sabe que non lidiaré con el mas yol faré matar a furto o a paladinas.»

Así las cosas, como muchos años antes saliera de Roma el heroico Mucio para matar á Porsena, salió Belido del recinto fortificado de Zamora con el designio de asesinar á don Sancho; valiéndose de artes semejantes á las empleadas por el persa Zópro para engañar á los babilonios, ganó la confianza de cuantos rodeaban al monarca castellano y, por medios que no desdeñara Judith, la heroína de Bethulia, consiguió el fin que se había propuesto.

Luego huyó. Los moradores de la villa que, según el romance, eran ajenos a la muerte de su enemigo y desde los muros le habían advertido gritándole:

*¡Rey don Sancho, Rey don
[Sancho,

[Sancho,
no digas que no te aviso,
de la ciudad de Zamora
un traydor era salido,
Bellido tiene por nombre
y de otro traydor es fijo,
si algún daño te viniere
el conçejo sea qulto!]

los habitantes de la villa abrieron las puertas al matador, y aunque no consta que le recibieran con aplausos y vítores, como á quien acababa de librarlos de un enemigo

REPARACIONES HISTÓRICAS

LA VERDAD ACERCA DE BELLIDO DOLFOS

ERASE una princesa soltera y linda á quien su padre, poderoso monarca de- belador de muchas ciudades cristia- nas y moras, había dejado al morir un pe- queño territorio.

Esta doncella á la cual, familiares y parientes, llamaban Marica, Mariquita y Urraca, siendo María su verdadero nombre, tenía un hermano, tirano tan rapaz y ambicioso, que había despojado de la herencia paterna á dos reyes y á una infanta, sin recordar los lazos fraternales que con ellos le unían.

Y ocurrió que, en cierta hora de mala ventura, antojósele al torpe aprendicillo de Caín apropiarse el territorio heredado por la princesa de nuestro cuento: una villa muy fuerte nombrada Zamora que nuestros mayores creían, erróneamente, ¡claro está! que se hallaba edificada sobre las ruinas de Numancia la intrépida.

Por tales deseos movido, aquel expoliador detestable, presentóse con sus huestes ante los muros zamoranos, y no habiendo logrado que Rodrigo Díaz de Vivar, comisionado al efecto, convenciese á doña Urraca para que á trueque de varios castillos y lugares entregase la villa, empezó el ataque empleando todos los recursos poliorcéticos de la época.

Tres asaltos duros y porfiados la dió de día y de noche; mas los sitiados se defendieron tan denodadamente, que el inicuo codicioso hubo de comprender, bien á costa suya, que, por la fuerza de las armas, nunca jamás se vería dueño de Zamora.

Entonces don Sancho II de Castilla —porque el tirano ambicioso, aprendici-

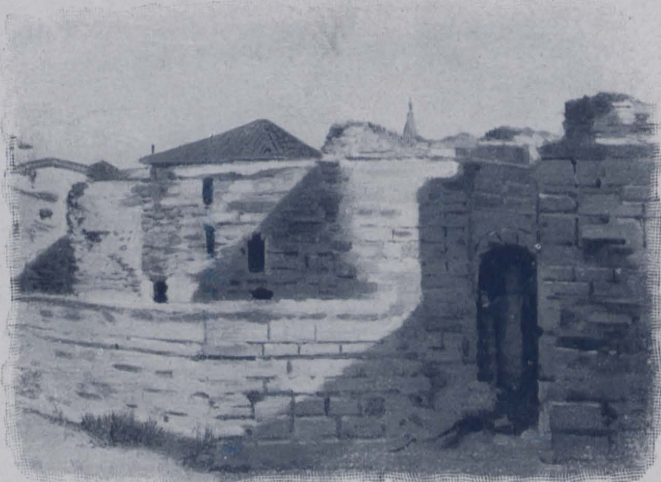
cruel, sabido es que le dieron asilo y no quisieron entregarle á los furiosos castellanos.

¿Qué prueba esto?

Este prueba que el romance no dice verdad, prueba que Bellido, vulgar ambicioso ó iluso enamorado, estaba de acuerdo con doña Urraca, en cuyo servicio arriesgara la vida, y, prueba, además que es una injusticia muy grande llamar traidor y Judas al imitador del héroe persa y de Mucio Scévola y de Judith.

Hay una leyenda, según la cual, Bellido murió á manos del verdugo.

Doña Urraca se había comprometido por juramentos solemnes á *yacer* con el caballero si él lograba liberrar á Zamora. Cumplió Dolfos del modo que la historia enseña y la infanta «por tener su promesa» mandóle meter en un costal bien atado y le hizo echar sobre la cama donde ella dormía, «e se acostó en la misma cama; e como fué amanecido otro día,



Restos del castillo de doña Urraca, en Zamora

mandó traer quatro potros brabos e mandó atar los pies e las manos de Bellido a los potros e sacaronle al campo por tal manera, que cada potro llevó su pedazo dél e así murió como traydor.

Esta leyenda, desacreditada por completo en la actualidad, pinta á doña Urraca mucho peor que fué.

Lógico y natural se presenta ante nuestros ojos el que la princesa intentara deshacerse de su hermano y que hubo un tiempo en que nadie dudó del fratricidio lo prueba el epítalo de don Sancho que publicó Berganza en sus *Antigüedades*.

«Rex iste occisus est proditore consilio sororis suæ Urracæ apud Nuntiam civitatem per manum Belliti Adelfis magni proditoris in era M. C. X.»

Pero de que ordenara ajusticiar más ó menos cruelmente al regicida, cuyas postrimerías, en verdad, se desconocen, ni las Crónicas ni el Romance dicen una palabra.

Lo que refiere la Historia llamada de D. Alfonso el Sabio, es que luego de refugiarse el osado



Vista de Zamora

onso el Sabio, es que luego de refugiarse el osado matador en Zamora, doña Urraca dirigiéndose al viejo Arias, que á toda costa quería evitar que los creyeran cómplices de Bellido, le habló de esta manera:

«Conseiadme vos que faga dél, en guisa que no muer por esto que a fecho».

De suerte que si no podemos congratularnos de que el nombre del excelente Dolfos haya pasado á la posteridad como el de un héroe—que tal calificativo le corresponde si hay justicia en el mundo—tampoco estamos en el caso de lamentar á propósito de doña Urraca, una de las más negras ingratitudes que registra la Historia.

José F.^z AMADOR DE LOS RIOS

LA GUERRA EN EL INVIERNO



SOLDADOS FRANCESES AVANZANDO PARA TOMAR POSICIONES EN EL ISER, EN MEDIO DE UNA TEMPESTAD DE NIEVE

DIBUJO DE TIRIATS

ECOS DE LA GUERRA

LA LUCHA EN FLANDES

INGLATERRA ha puesto en juego todos sus vastos recursos para poner dique á la audacia germana. Constantemente organiza ejércitos de voluntarios y de súbditos coloniales, y les envía á Flandes, á coadyuvar con su empuje á rechazar la invasión teutona. La zona costera del último rincón belga y del frente de Francia, que hubiera dado puesto en el Canal de la Mancha al poder germano, ha sido reducto de heroica defensa de las fuerzas inglesas, que ha detenido meses y meses, la codiciada posesión por Alemania de los codiciados puertos.

En esta guerra ininterrumpida, en esta pelea sin tregua, las huestes británicas han puesto á prueba su valor, su abnegación y su pericia; palmo á palmo se ha defendido, por uno y otro bando, el terreno previsoramente inundado, y atrincheros entre fuego y cieno, han peleado bravamente sin que los teutones consiguieran sus deseos de conquistar, ni los ingleses los suyos de expulsar á aquellos del territorio belga.

En esta lucha sin reposo ha jugado la artillería importantísimo papel. Los ingleses ensalzan, como sus aliados los franceses, las excelencias de su material artillero.

Las baterías á caballo con cañones de 12 libras, 7'6 centímetros; las montadas de 22 libras, 8'9 centímetros, y la artillería gruesa de campaña con cañones de 60 libras, 12'5 centímetros, han cumplido á maravilla su destructora misión.

Los ingleses siguen la tradicional costumbre de designar sus piezas de fuego por el peso de los proyectiles que lanzan.

De todos sus modelos de cañones hacen grandes elogios; pero sobre todos ellos realzan los méritos del de 60 libras, cuyo corte seccional ilustra este artículo.

En este notable cañón inglés se logra la recuperación de la pieza por resortes metálicos.

Sabido es que en todas las artillerías mundiales se pusieron en juego ingeniosos artificios para que sin necesidad de nuevas punterías se lograra el tiro rápido. La base de todos ellos consiste en un punto de apoyo fijo, por la reja ó arado que se clava en el suelo, y el intermedio elástico susceptible de absorber la fuerza de retroceso, devolviendo la cureña á su posición

la subsiguiente recuperación, la violenta reacción de la pieza.

La artillería inglesa en Flandes está sabiamente orientada en el sentido práctico de la guerra moderna; sabe que su misión principal es auxiliar el avance y acción de una infantería maniobrera y diestra, y para ella es axioma que disparo que no tenga como inmediata consecuencia el facilitar la tarea de los infantes, es disparo perdido.

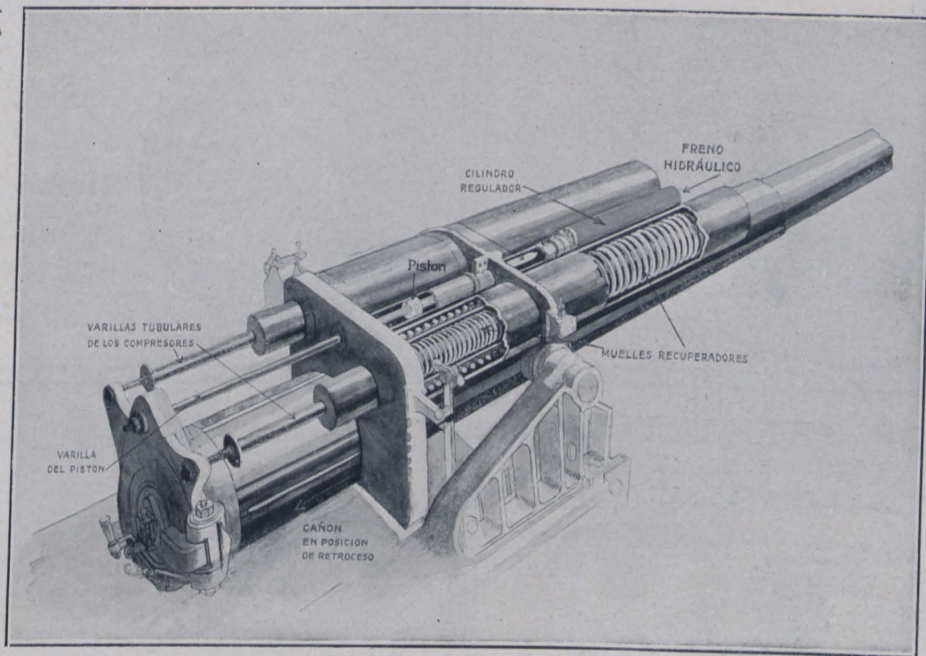
A las trincheras y baterías de esta artillería pesada de campaña, preceden otras en que, desenfíndose en lo posible de los fuegos del contrario, tomaron puesto las piezas ligeras, y aun á vanguardia de estos atrinchamientos, otros en los que, la infantería se auxilia con pequeñas piezas de montaña, con ametralladoras ó con tubos lanza-bombas.

Sobre el blanco sudario de nieve, que ha cubierto en los pasados días invernales la zona en que la lucha se desarrolla con mayor intensidad, galerías cubiertas, atrinchadas, formaron zig-zás sobre el nevado suelo, para alcanzar en sinuosa marcha, de paralelas y transversales,

ya á flor de tierra, ya en subterráneas minas, las trincheras del enemigo, para luchar con él, cuerpo á cuerpo, con granadas de mano, con arma blanca, á golpes, como se pueda.

En el ardor de la ruda pelea juegan de noche los proyectores para avizorar los movimientos del adversario, sus iniciativas, sus planes. Al defensor le toca sólo cuidar de que el asaltante no logre su tenaz objetivo; evitar que se adueñe de aquel trozo de terreno, regado ya por la sangre de sus abnegados defensores, y en la dificultad de fijar punterías y municionar á los combatientes, entran en acción las armas blancas y las arrojadas.

Procedimientos de lucha, que se creyeron olvidados para siempre, han resucitado en esta dura é interminable contienda. —CAPITAN FONTIBRE



Corte seccional del cañón inglés de 60 libras

primitiva. Fijos al montaje ó cureña, y sobre la parte superior del cañón, van en este modelo los resortes metálicos, que al retroceder el cañón se comprimen, creando una fuerza reactiva, que impulsará á aquél á su posición primitiva.

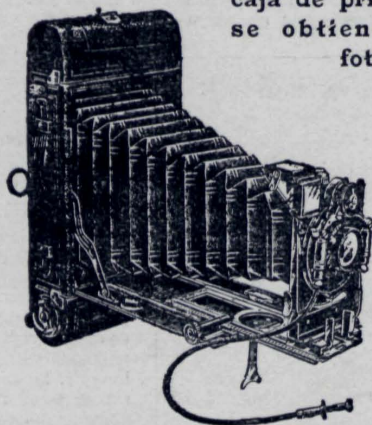
Mas en el retroceso y en el avance se precisa frenar los movimientos, evitando la celeridad que produciría cambios de posición, y en uno y otro caso actúa el freno hidráulico, interpuesto entre los dos cilindros recuperadores. Consiste este freno en un cuerpo de bomba, lleno de glicerina, con un émbolo que lleva dobles orificios que por la lentitud forzada, con que el líquido los atraviesa para pasar de uno á otro lado del cilindro bomba, contiene en el momento del disparo el brusco retroceso del cañón, y evita, en



Trincheras del Ejército inglés

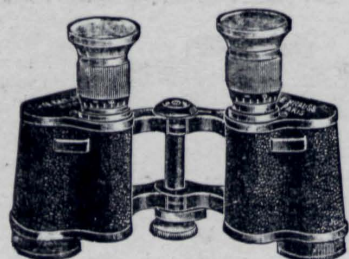
CON UNOS CÉNTIMOS AL DIA, SE PUEDE ADQUIRIR

"SUEÑO IDEAL" 9x12, PARA PLACAS y PELÍCULAS
marca "ERNEMANN", y una
caja de primas, con el que
se obtienen magníficas
fotografías



Pesetas 8,00
al mes,
en 24 meses;
al contado,
pesetas 163,20

GEMELOS PRISMÁTICOS,
DIEZ VECES DE AUMENTO
MARCA "VALETTE", SERIE "LOICO"



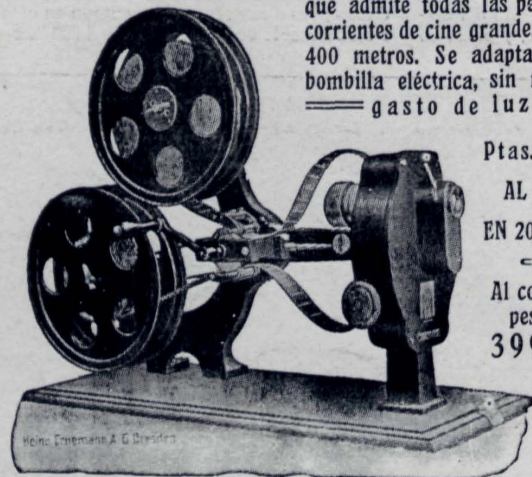
CAMPO GRANDE,
AUMENTO GRANDE

VOLUMEN
REDUCIDO

GRAN POTENCIA
Y CLARIDAD

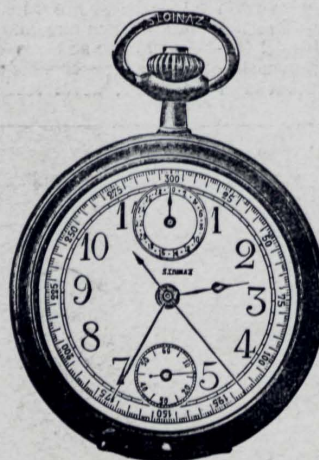
Ptas. 9,00 al mes, en 15 meses

"KINOX ERNEMAN" CINEMATÓGRAFO DE SALÓN
que admite todas las películas
corrientes de cine grande, hasta
400 metros. Se adapta a la
bombilla eléctrica, sin ningún
gasto de luz



Ptas. 23,50
AL MES,
EN 20 MESES
Al contado:
pesetas
399,50

LEPINE, ORO DE LEY
DE 18 QUILATÈS,
CUBETA DE ORO



CRONÓGRAFO
CONTADOR,

Primera calidad,
esfera blanca,
... 19 líneas ...

Ptas. 18,75 al mes,
en 20 meses
AL CONTADO:
Ptas. 318,75

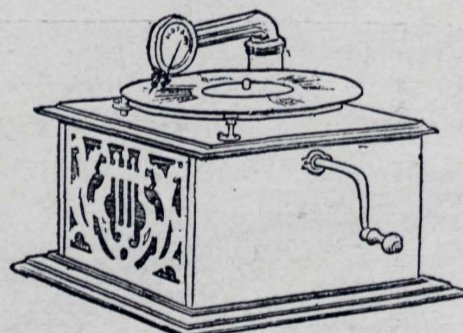
Bicicleta LA INGLESA, con neumáticos HUTCHINSON



y dos frenos a las
llantas con rueda
libre. :: Llantas ni-
queladas, con filetes
en colores

Ptas. 12,25 al mes,
en 20 meses
AL CONTADO: Ptas. 208,25

Máquina parlante sin bocina, con
30 discos dobles, marca "Homokord",
..... ó sean 60 piezas á elegir



SONORIDAD
y
ELEGANCIA

Ptas 11,75 al mes, en 24 meses
Al contado: ptas. 239,70

PÍDASE CATÁLOGO ILUSTRADO Y CONDICIONES DEL OBJETO QUE SE DESEA, Á LA CASA

S. LOINAZ y Comp.^ª--Prim, 39, SAN SEBASTIAN

Y SE RECIBIRA GRATIS POR CORREO

**EXTRAORDINARIAMENTE
SUPERIORES**

*á cuanto ha sido inventado
hasta el día*

**LAS VERDADERAS
PASTILLAS VALDA
NO TIENEN RIVAL**

PARA LA
**la CURACION rápida
PRESERVACION segura**

de Resfriados, Afecciones de la Garganta
Laringitis, Bronquitis agudas y crónicas
Catarrros, Grippe, Trancazo,
Asma, Enfisema, etc.

PEDIRLAS, EXIGIRLAS
en CAJAS de Ptas 1.50
con el nombre

VALDA en la tapa
Agentes Generales: Vicente FERRER y Cia
BARCELONA.

Fórmula:
Mentol... 0.002
Eucalyptol... 0.0005
Azúcar-Goma

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos

Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

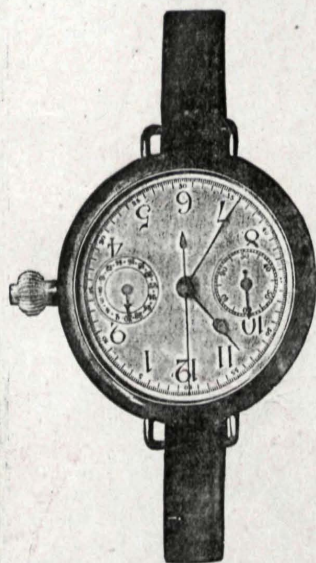
ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. . . . 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 "	Seis meses . . 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional
(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:
Sres. MASSIP y COMPAÑIA—Rivadavia, 698)

PAGOS ADELANTADOS

Dirijanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa
Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ♦ Apartado de
Correos, 571 ♦ Dirección telegráfica, Telefónica
::: y de cable, Grafimun ♦ Teléfono, 968 :::



**Fábrica de Relojes
DE CARLOS COPPEL**

:: MADRID ::
Calle de Fuencarral, 27

**Reloj-Pulsera, especial para
Sport, con cronógrafo y contador
(plata con pulsera de cuero)**
A PTAS. 100

GARANTÍA DE BUENA MARCHA

REMESAS Á PROVINCIAS

PRENSA GRÁFICA S. A.

El Presidente del Consejo Directivo de esta Sociedad convoca á la Junta general ordinaria que previene el artículo 17 de sus Estatutos, cuya Junta tendrá lugar el día 24 del mes corriente, en el domicilio social, á las seis de la tarde.

Asimismo convoca á Junta general extraordinaria, que se celebrará el día 23 del mes de la fecha, en el domicilio social, á las cuatro de la tarde, para deliberar y resolver respecto de la ratificación de las operaciones de incorporación á la Sociedad «Prensa Gráfica» de los elementos de activo y pasivo de la Compañía «Editorial Nuevo Mundo».

Las papeletas para asistir á la Junta ordinaria, serán válidas para la extraordinaria.
Madrid 7 de Marzo de 1915.

El Presidente del Consejo Directivo,
MARIANO ZAVALA

Se admiten suscripciones y anuncios para este periódico en la

LIBRERIA DE SAN MARTIN

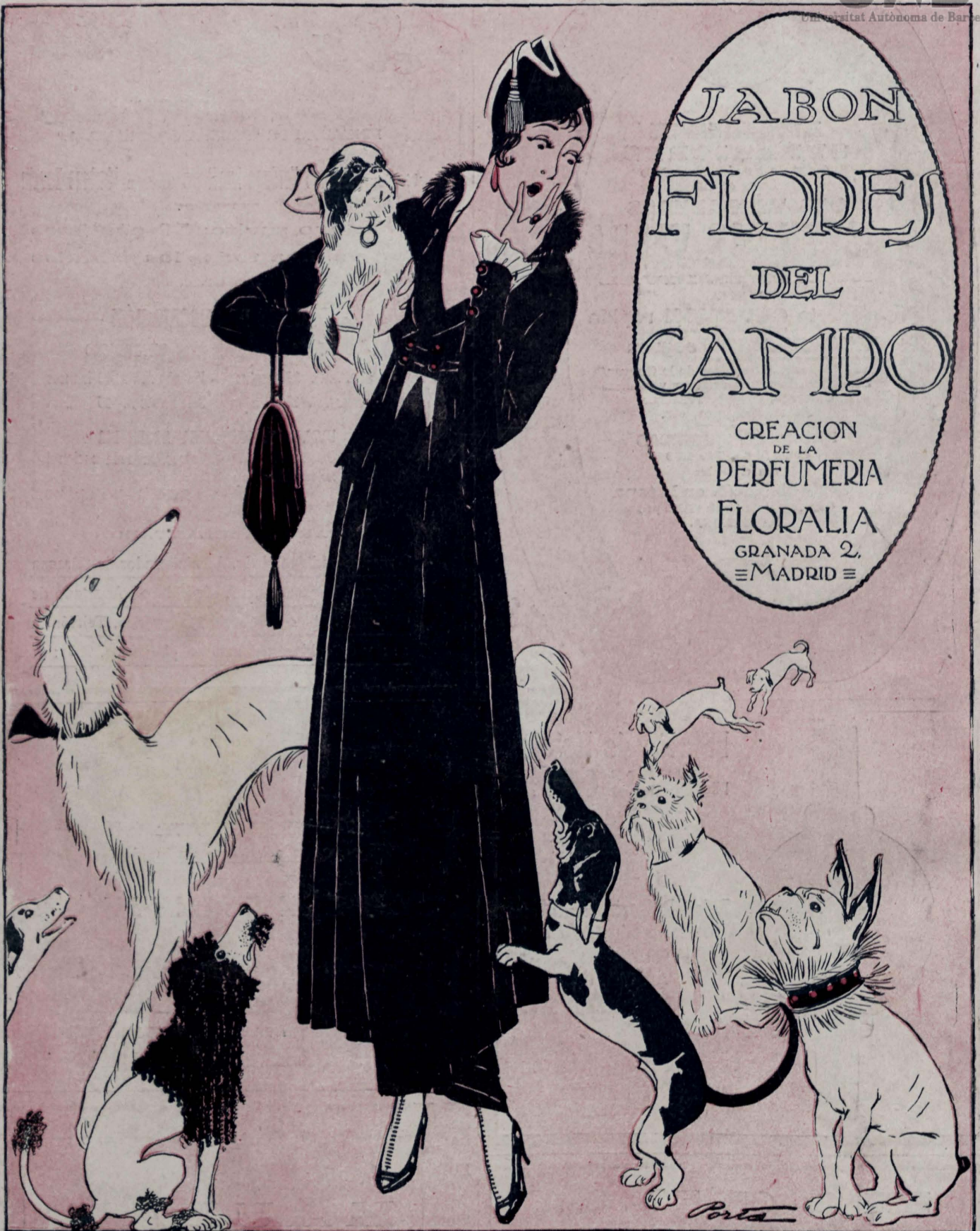
MADRID PUERTA DEL SOL, 6

VENTA DE NÚMEROS SUELTOS

K Â U L A K
FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID



Además del admirable JABON FLORES DEL CAMPO, la "Perfumería Floralia" fabrica en diferentes calidades y precios sin competencia:

Jabones finos desenvueltos, Jabones extrafinos para tocador, Aguas de Colonia, Jabones medicinales a base de fórmulas de los más célebres doctores; Ron-Quina, lociones para el cabello, dentífricos, esencias para el pañuelo, polvos de arroz, cremas para el cutis, brillantinas, aceites, cosméticos, pomadas, etc., etc.

GRANADA, 2

ESQUINA A NARCISO SERRA